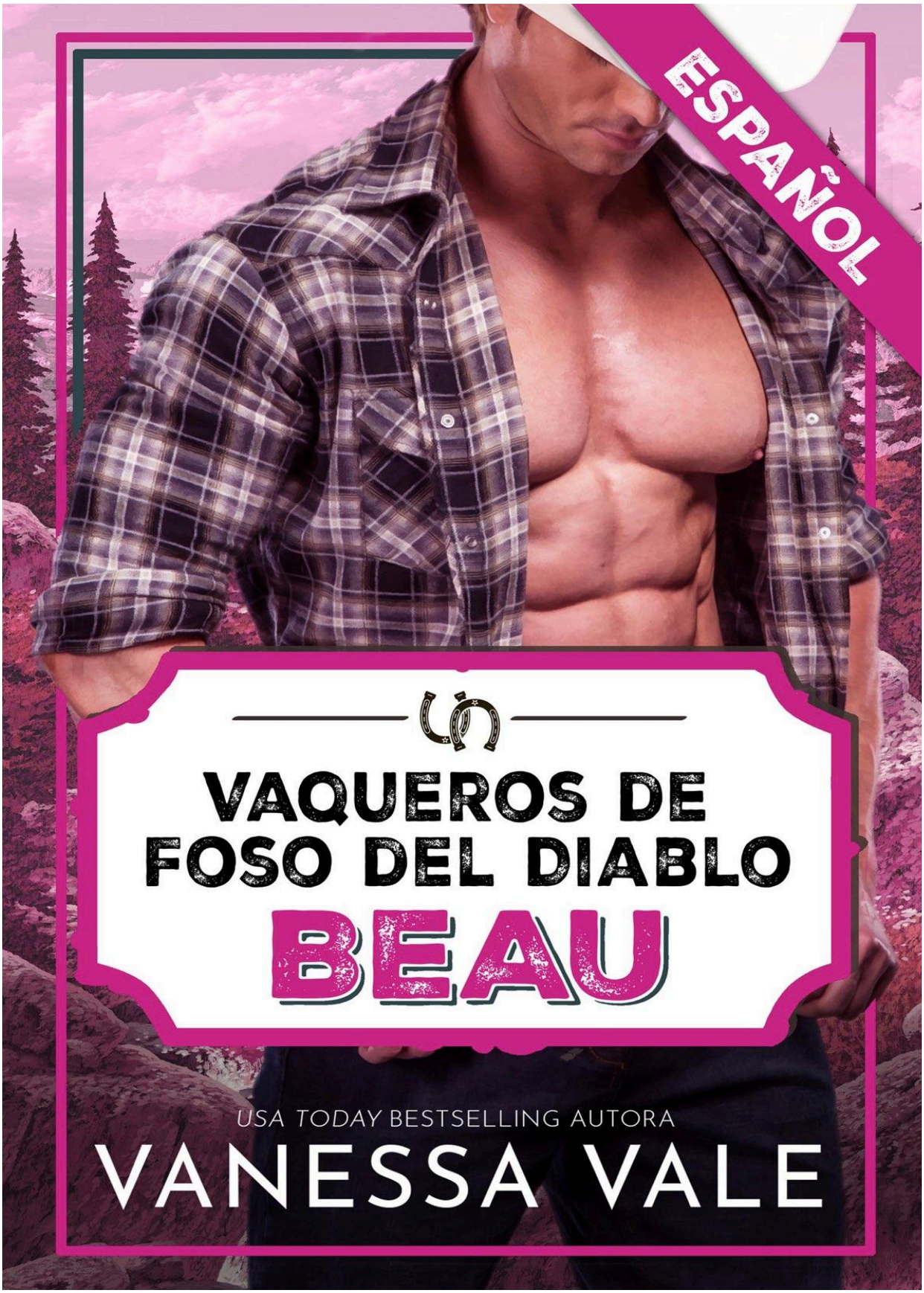

ESPAÑOL
VAQUEROS DE FOSO DEL DIABLO
BEAU
USA TODAY BESTSELLING AUTORA
VANESSA VALE


ESPAÑOL
VAQUEROS DE FOSO DEL DIABLO
BEAU
USA TODAY BESTSELLING AUTORA
VANESSA VALE

BEAU

VAQUEROS DE FOSO DEL DIABLO

LIBRO 4

VANESSA VALE



Derechos de Autor © 2025 por Vanessa Vale

Vanessa Vale® es una Marca Registrada de Bridger Media.

Este trabajo es pura ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora y usados con fines ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas, empresas y compañías, eventos o lugares es total coincidencia.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro deberá ser reproducido de ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y retiro de información sin el consentimiento de la autora, a excepción del uso de citas breves en una revisión del libro.

Diseño de la Portada: Bridger Media

Imagen de la Portada: Deposit Photos: sutulastock, Malchev

¡RECIBE UN LIBRO GRATIS!

Únete a mi lista de correo electrónico para ser el primero en saber de las nuevas publicaciones, libros gratis, precios especiales y otros premios de la autora.

http://vanessavaleauthor.com/v/ed



ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Contenido extra
¡Recibe un libro gratis!
Todos los libros de Vanessa Vale en español
Acerca de la autora

¡El Oeste se ha vuelto más acalorado! Conoce a los vaqueros de Foso del Diablo de Montana, y a la vez disfruta de una apasionada historia de amor instantáneo.

Una mirada me bastó para saber que Lainey Wilder sería mía. Lograrlo no será nada fácil, pues ella es como una potra salvaje y su hermano mayor es mi mejor amigo. ¿Alguien cree que eso me detendrá? De ninguna manera.

Estas breves historias entre un hombre y una mujer vienen con final feliz y erotismo garantizados. Si bien son independientes, se recomienda leerlas en orden.

1



LAINEY

TRAS BASTIDORES, un rodeo era caótico, especialmente cuando se combinaba con una feria del condado. Había organización pero aún así era una locura. No solo había montones de gente deambulando por donde se mirase, también estaban los animales, los caballos, los terneros, las ovejas y los toros. El olor acre que emanaban se mezclaba con el delicioso aroma a mantequilla de las palomitas de maíz y pasteles fritos. Los vítores y aplausos de la multitud resonaban por encima de nuestras cabezas junto con la voz del locutor que se reproducía en los altavoces.

Yo no era como mi hermano Trig, que se había pasado más de quince años en el circuito profesional de rodeos. Para empezar, era una mujer, y no nos dejaban montarnos en los lomos de toros para ganarnos una hebilla de campeonato y un gran premio económico. No. Yo competía en carreras de barriles con Junior, mi caballo cuarto de milla, y participaba únicamente en los torneos de Montana,

porque la mayor parte de mi tiempo la dedicaba a atender el rancho familiar.

Me conformaba con quedarme cerca de mi familia trabajando en nuestra tierra, pero sin duda, me divertía competir… y el dinero del premio que ganaba tampoco estaba nada mal. Disfrutaba la sincronía que tenía con Junior mientras lo guiaba por los barriles para luego salir volando como el viento en la recta al final. Vivía por esa adrenalina. Por el caos. Lo ansiaba cuando todo andaba muy tranquilo por el rancho.

La semifinal de la carrera de barriles comenzaría pronto y tenía que ir a la zona de calentamiento en el campo trasero, donde todos los participantes aparcábamos nuestras camionetas y caravanas detrás de la pista. Junior tenía la rienda atada a mi remolque y le ajusté la cincha de la silla de montar, saboreando un último momento de paz antes del vértigo.

Shep y Zeb, los menores de mis hermanos, acababan de irse con mi madre para mirar el espectáculo desde las gradas. Hacía unos días que mamá había salido del hospital e insistió en verme competir esta noche. Una lesión en la cabeza por un trancazo con una lata de frijoles no evitaría que estuviese presente. Todos nos habíamos preocupado cuando resultó herida por esa desquiciada enamorada de Bray que enloqueció cuando él empezó a salir con Katie. La mujer estaba tan loca que confrontó a Bray en el súper y, en el proceso, hirió a mi madre al lanzarle esa lata. Los médicos dijeron que mamá tenía la cabeza dura. Solo había sufrido una conmoción cerebral leve. ¿Y la loca? Mamá decidió no presentarle cargos porque, palabras suyas, era normal que las mujeres enloquecieran por uno de sus hijos. A pesar de que los médicos dijeron que estaba bien, y ella dijo sentirse bien, Shep y Zeb seguían vigilándola de cerca.

Mientras tanto, yo acababa de darle caricias a Junior en un flanco y estaba a punto de desatarle la rienda cuando escuché la voz de una chica.

—Por favor. He cambiado de parecer.

No pude evitar notar su pánico.

—Pensé que querías estar con un vaquero —contestó un hombre.

Conocía ese tipo de conversación. Eran las palabras que se decían después de coquetear con uno, cuando las cosas habían ido demasiado lejos.

—No aquí —respondió ella—. Pensé que sería en la arena del espectáculo.

—Creí que podríamos salir con mis amigos.

—No. No voy a irme contigo.

Escuché una bofetada y luego un gemido.

Había oscuridad en la parte trasera. Las luces exteriores no se proyectaban mucho más lejos de la arena. La multitud se agolpaba en la feria, entre las atracciones y los paseos al otro lado, o en sus asientos, viendo a los críos montar los lomos de las ovejas, y había tranquilidad en esta zona.

Esquivando los vehículos, me dirigí hacia ellos. No dejaría sola a una mujer en apuros.

—¡Oye! —le grité a la chica, improvisando un nombre—. ¡Sharon, creí que iríamos a las atracciones!

El vaquero se detuvo en seco obligando a la mujer que llevaba a su lado a tropezarse con él. Cuando se giraron al mismo tiempo, noté que ella era joven, debía de tener unos diecinueve o veinte años y era muy guapa. Vestida con vaqueros, un top rosa claro y zapatillas deportivas, definitivamente no pegaba con ese hombre mayor tan rudo. Ella tenía el cabello rubio largo y brillante, pero donde también había brillo era en sus ojos colmados de lágrimas. También pude notar la mejilla enrojecida por el golpe.

—¿Lista para irnos? —pregunté, intentando esbozar una sonrisa. No se llamaba Sharon. Nunca la había visto en mi vida, pero mis palabras lograron que detuvieran su marcha.

Ella asintió y tiró del brazo del hombre. Él nos miró a las dos y luego murmuró para sí mismo.

—Joder.

Con el paso de los años, había conocido a mucha gente en los espectáculos del rodeo, pero nunca había visto a este hombre bajo,

fornido y de bigote espeso. No me gustaba nada, sobre todo por la fuerza que ejercía para sujetarla con esa mirada tan desagradable.

Me acerqué. Quizás fue una estupidez, pero no permitiría que se llevara a esa chica a ningún sitio.

—Ella no va a ir contigo —le dije, levantando la barbilla.

—Ah, sí, ¿y cómo vas a impedírmelo? —gruñó.

Con ocho hermanos, había aprendido algunas técnicas de defensa personal. Sin pensármelo dos veces, le propiné al hombre una fuerte patada en los testículos, al estilo de un pateador de fútbol americano que intentaba anotar un gol de cuarenta metros. Doblándose hacia adelante, se le escapó un soplo de aire, que sonó como un globo desinflado, y la soltó.

—¡Corre! —le dije a ella.

La chica abrió mucho los ojos, mirándome, luego miró al tipo aún encorvado y después salió corriendo como un toro al que se le abre la jaula, cruzó la esquina de una caravana y se dirigió hacia la arena del rodeo. Cuando constaté que se había marchado, la seguí, pero esos pocos segundos de retraso fueron un error. Tal vez el imbécil llevara un protector de testículos. Tal vez tuviera pelotas de acero. O nada de eso. Me agarró por la parte trasera de mi camisa y me haló hacia él. Me resistí pero tenía mucha fuerza.

—No pasa nada. Que a lo mejor es a ti a quien quiero —dijo, con la respiración acelerada.

Luché por zafarme y luego siseé:

—¿A mí? ¿Por qué a mí?

Lentamente, se irguió y me empujó entre dos camionetas dando pasos pesados. Noté que en la espalda tenía una joroba. Luché contra él, pero tenía la ira de su lado.

—Porque sí.

Qué respuesta tan estúpida.

—Escuche, señor. No haga esto. Está entrando en territorio delictivo. ¿Quiere ir a la cárcel? Sé que…

Aunque seguía sujetándome del brazo, me detuve en seco en la tierra, junto a un círculo de vaqueros al que nos habíamos acercado. Parecía como si estuviesen sentados alrededor de una fogata, pero tenían taburetes bajos o cajas que rodeaban una mesa improvisada

detrás de una autocaravana destartalada en el fondo del terreno. Había una linterna encima de la mesa que iluminaba la pila de dinero en efectivo en el centro.

Cinco hombres con cartas en la mano levantaron la vista ante mi inesperada llegada.

—Por Dios, mujer. Cállate ya —dijo mi secuestrador, frustrado.

Cuando un hombre le decía a una mujer que se callease, estaba implícito que ella no le haría caso, así que grité. Cuando una mano me tapó la boca para silenciarme, le di un mordisco.

—¡Joder!

Luego me sacudió con tanta fuerza que me castañearon los dientes.

—Cállate un momento, ¿quieres?

Reconocí a dos de los jugadores de cartas, pero no a los otros tres. Todos vestían diversas combinaciones de vaqueros, camisas ajustadas, sombreros Stetson y botas de cuero gastadas. Tenían entre veintipocos y treinta y tantos años. Llevaban bigotes, tatuajes y otros rasgos distintivos, pero todos se comportaban igual: ninguno vino a rescatarme. O sea, estaba sola en este lío.

Entonces hice lo único que una mujer sensata haría. Seguir gritando.

2



BEAU

ENROLLABA mi cuerda de toros para guardarla en la parte trasera de mi camioneta cuando Cammie llegó corriendo como si la persiguiera una estampida.

—¡Beau!

Me giré bruscamente y vi el miedo en su rostro. Jadeando, frenó en seco ante mí con lágrimas cayéndole por las mejillas. Le puse la mano en el hombro.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está mamá? ¿Estás herida?

Recorrí su cuerpo con la mirada de arriba abajo para revisar que estuviera bien. Ella negó con la cabeza, con el pelo al viento, respirando entrecortadamente.

—No, no estoy herida. Mamá está viendo el concurso de colchas. Íbamos a encontrarnos dentro para ver las exposiciones. Ella me ha salvado. Tienes que ayudarla.

—¿Que mamá te ha salvado? ¿De qué?

—No mamá. Otra mujer. Ese hombre… fue amable… y estuvimos hablando. Me preguntó si quería ir a algún sitio, pero yo pensé que se refería al interior del estadio. A comprar un buñuelo o algo así. Entonces me llevó hacia la parte trasera y… le dije que no quería eso. No quería irme con él, pero me agarraba con tanta fuerza… No había nadie cerca hasta que ella llegó y… Santo Dios.

Cammie estaba un poco alterada, pero la entendí. Sus palabras me enfurecieron. Un hombre se había metido con mi hermanita y se la había llevado a algún sitio en contra de su voluntad.

Alguien iba a morir esta noche.

Cammie tenía veinte años, doce menos que yo, y era fruto del segundo matrimonio de nuestra madre, mucho más exitoso que el primero. Las dos habían venido desde Bozeman a verme competir y disfrutar de la feria. Aunque esta noche yo no tenía ninguna competencia —mi monta de toros estaba programada para la noche siguiente—, ayudé a mis amigos que habían participado en la prueba de lucha con novillos mientras ellas se subieron a las atracciones y visitaron las exposiciones.

—¿Qué hombre? —pregunté, asomándome por encima de su hombro.

Llevó el brazo hacia atrás, señalando.

—Por allá. Casi al fondo del campo, más allá de las otras camionetas y remolques. Ella nos detuvo cuando estábamos al lado de una caravana que tenía una imagen de una alpaca en un lado. No sé si pudo escapar de él.

Cammie iba a tercer año de la universidad porque estudiaba educación. Era inteligente, guapa, amable. La protegía lo más que podía, pero yo me había graduado en el instituto y me había ido a vivir solo cuando ella todavía era una niña. Tenía la cabeza bien puesta, pero más tarde le preguntaría por qué se había alejado con ese tipo.

—Buen trabajo. Dijiste que una mujer te salvó. ¿Quién es ella?

Cammie negó con la cabeza y se secó los ojos.

—No lo sé. Una mujer rubia, de mi altura. Llevaba un número prendido en el pecho, como si estuviera compitiendo. Nos vio e intentó detenerlo. Él es malo y muy fuerte. Ella le dio una patada en

los testículos y me dijo que corriera, así que lo hice. Dios mío, la dejé allí con él…

Empezó a llorar de nuevo y le di una leve sacudida.

—Hiciste lo correcto. Corriste, tal y como debías hacer, y buscaste ayuda. ¿Conseguiste tu entrada para el rodeo?

Asintió con la cabeza.

—Bien. Entra a buscar tu asiento y a mamá. Estaréis a salvo entre la gente, ¿vale?

—Sí, vale.

—Muy bien. Envíame un mensaje cuando estés con mamá. Yo me encargaré de esto.

Me hizo otro gesto tembloroso de asentimiento y se dirigió hacia la arena. Mi camioneta estaba a una fila detrás de la entrada de los competidores. El público se arremolinaba a menos de diez metros de distancia.

Vi a Cammie acercarse a la entrada, entregar su boleto y pasar. Una vez que me aseguré de que estaría a salvo entre la multitud, crucé el improvisado aparcamiento y me abrí paso entre todas las camionetas y vehículos agrícolas. Di una vuelta hasta que encontré la caravana con la alpaca que había mencionado. Luego, me dirigí a campo abierto.

Al oír un grito que resonó por los aires, me volví en esa dirección. No tardé mucho en encontrar un grupo de vaqueros. Respiré hondo, reduje el paso y me detuve cuando reconocí a la mujer que uno de ellos maltrataba.

Era Lainey Wilder. La hermana de mi buen amigo Trig. La mujer con la que había imaginado tener sexo de veinte maneras diferentes desde el instante en que la conocí la otra noche en una cena en casa de sus padres. En cuanto crucé la sala de estar, junto a Trig y su esposa Ellie, y tras presentarme a su padre y a su madre… ¡*bum*! Ver a Lainey fue como si me hubiera derribado un toro y lanzado por los aires. Todavía no había aterrizado.

En esa cena, Lainey estaba sentada a la mesa del gran comedor, uno con capacidad para al menos quince personas, con un bol de judías verdes en mano. Sus ojos, del más intenso azul, fueron los que me cautivaron. O fue su cabello rubio recogido en una trenza

suelta que le caía por el hombro. O su tamaño diminuto en comparación a los dos de sus hermanos que la flanqueaban. O quizás esa boca carnosa, tentadora y apetecible.

Estaba acostumbrado a aguantar ocho segundos arriba del lomo de un toro embravecido. Un solo segundo me bastó para enamorarme de Lainey Wilder y saber que sería mía.

Durante la cena, rápidamente aprendí que una mujer que tenía ocho hermanos con carácter sabía defenderse. Era atrevida y decidida. Parecía un pequeño petardo que hacía el mayor estruendo. Tuve una erección al instante debajo de la mesa y lo único que quería hacer en ese momento era echármela al hombro y llevármela como un cavernícola.

Una vez más, Lainey me sacudía, pues no me esperaba que fuera *ella* quien hubiera salvado a Cammie y acabara en manos de esos cabrones.

Al reconocerme, sus ojos azules se agrandaron al encontrarse con los míos. Vi en ellos un atisbo de miedo que disimulaba bajo la ira desbordante.

¿Cómo alguien se atrevía a meterse con quien era mía?

—¿Qué cojones pasa, Gil? —dije—. ¿Para quedar con una mujer tienes que forzarla?

Gil, un jinete de broncos apenas exitoso, le tapaba la boca con la mano. El hecho de que la estuviera tocando, joder, de que respirara cerca de ella, me enfadaba muchísimo. ¿Fue él quien había acosado a Cammie antes?

—No deja de gritar —dijo él.

Eso sonaba como la Lainey que yo conocía.

Ella y Gil estaban sentados en una nevera portátil destartalada. Lainey entrecerró los ojos y emitió un sonido contra la mano fornida de él.

—Déjala respirar. Tu forma de tratar a las mujeres necesita mejorar.

Conocía a todos los hombres del grupo menos a uno. Eran unos imbéciles. Sin duda, marginales del circuito de rodeo. No trataban bien a los animales, bebían cuando no debían y ahuyentaban hasta

las chicas más fáciles que venían a ligar al rodeo, aquellas que andaban a la caza de cualquier vaquero para echar un polvo.

Quizás ellos ganaran algún premio de vez en cuando; lo justo para pagarse las cervezas y la gasolina de sus destartaladas autocaravanas, pero lo más probable era que su ocasional triunfo se debiera a que habían dopado a un caballo o porque el otro competidor se hubiese fracturado una pierna. Sin embargo, nunca había oído que forzaran a una mujer y, sin duda, habían cruzado un límite.

—¡Anda, Beau! ¿Quieres jugar una partida? Con esa gran cuenta bancaria que tienes, estaremos encantados de quitarte una parte. —Sherman Parks, al que llamaban Parks porque odiaba su nombre de pila, dio una palmada a un improvisado taburete vacío a su lado.

—He venido por la mujer —le dije—. Está mal si tienes que obligarlas, Gil.

Los demás se rieron.

¿Por qué me lo tomaba con tanta calma? ¿Por qué no me acercaba y le daba un puñetazo en la cara? No tenía ni idea de qué diablos estaba pasando. Montana era un estado en el que se podía portar armas de fuego abiertamente, pero también significaba que podían traer algunas escondidas. No iba a arriesgar nada tratándose de la seguridad de Lainey.

Gil se encogió de hombros.

—Solo vamos a pasar un rato juntos y después la dejaré ir.

Metí los pulgares en los bolsillos de mis vaqueros, tratando de mostrarme tranquilo cuando en realidad quería saltar por la mesilla y darle una paliza a Gil y a todos ellos.

—Qué pena —le dije—. Esa mujer es mía.

Lo supe cuando la vi la otra noche, pero ahora lo confirmaba sin ninguna duda.

—¿Ella? —Gil le quitó la mano de la boca.

Lainey se giró y miró a Gil con ira, como si él la hubiera insultado con preguntarlo en ese tono de voz.

—Sí, ella.

—Tu mujer me ha dado una patada en los huevos.

—¡Te lo merecías, cabrón! —gruñó ella—. Ve a limpiarte bien los oídos, porque te dije que no.

—¿Ves por qué le tapé la boca?

Lainey se puso de pie como un cohete; parecía dispuesta a estrangular a Gil ella sola.

—¿Sabes quién es ella? —insistí.

Los cinco hombres miraron a Lainey.

—¿Habéis oído hablar de los Wilder?

Dos de ellos gruñeron. Sí, los Wilder eran muy conocidos en la zona y más allá.

Señalé a Lainey.

—Es la hermana pequeña de los Wilder. Trig Wilder os matará. Su hermano, Colt, el alguacil del condado, se lo va a permitir.

Lainey sonrió con malicia y se cruzó de brazos.

Trig Wilder, campeón de rodeo retirado, era mi mejor amigo… y hermano mayor de Lainey. Lo que dije era cierto. Trig y sus hermanos matarían a estos cabrones sin duda alguna, pero también a mí cuando se enterasen de que haría mía a Lainey. Nadie follaba a la hermanita del mejor amigo. Era una regla. Una regla que yo iba a romper.

Entonces Gil levantó las manos en señal de rendición.

—Nadie me dijo su nombre, solo sabía que era rubia y menuda.

—¿Tienes que saber la identidad de una mujer que secuestras, idiota? —espetó ella—. Y no soy menuda, soy pequeña.

Levantó la barbilla y no sabía si quería besarla por ese arrebato o darle unos azotes en el trasero por provocar más confrontación.

—Ven aquí, cariño —dije, curvando los dedos en una seña para que se acercara a mí. Necesitaba que llevármela de allí sana y salva. No era momento para que despliegue su furia. Yo me ocuparía de los cabrones más tarde.

Gil también se puso de pie con los puños apretados. Los demás fueron lo suficientemente inteligentes como para quedarse sentados.

Cuando Lainey se acurrucó a mi lado, le di un beso en la cabeza. Parecía un cacahuete a mi lado. Quería saborear la sensación de tenerla en mis brazos, su suavidad y calidez. Quería respirar su dulce aroma, deleitarme con ella, probar su boca, su

sexo, escucharla gritar mi nombre cuando le provocara un orgasmo por primera vez. Pero no de momento. Tenía que ocuparme de estos cabrones.

—Como dije, solo íbamos a pasar un rato juntos, luego la habría dejado ir —se quejó Gil.

—¿Estás tan desesperado que recurres al secuestro? —espetó ella.

Solté a Lainey y la puse detrás de mí, sin saber muy bien qué podría hacer. Di dos pasos hacia Gil.

—Como vuelva a enterarme de que alguno de vosotros fastidia a una mujer, no solo se lo contaré al alguacil, sino también le hablaré de todas las demás trastadas que habéis estado haciendo. Lo digo en serio, Larry. Para ti también, Sherm.

No tenía ni idea de en qué otras cosas estaban metidos, pero tenía que haber algo. Los que estaban sentados asintieron. Gil tragó saliva. Sí, eran más que culpables, lo cual significaba que, después de que Lainey estuviese a salvo y Cammie estuviese con mi madre, Colt Wilder se enteraría de todo y se encargaría de ellos. Los cinco iban a *desear* estar en la cárcel cuando él y los hermanos Wilder acabaran con ellos.

—Ah, Gil. —Le di un puñetazo en la cara. Tropezó con la nevera y cayó de culo—. Eso es por ponerle las manos encima a mi mujer.

Más tarde le daría su merecido, pero como Lainey estaba presente, era suficiente.

Tomé la mano de Lainey y me la llevé. Quizá ella pensara que solo la estaba salvando, pero no tenía intención de dejarla marchar nunca jamás.

3



LAINEY

CON TODO GUSTO, y agradecida, dejé que Beau me alejara de esos vaqueros y me llevara hacia la arena del rodeo, pero se frenó a mitad de camino y se volvió hacia mí. Me detuve en seco al tropezar con su costado y tuve que inclinar la cabeza atrás para encontrarme con su mirada oscura. En mi vida, había visto tantos vaqueros que pensaba que era inmune a ellos. Que ninguno me interesaría más que cualquiera de mis hermanos.

Hasta que apareció Beau Rivers. Sin duda sentía atracción por él. Algo que creía que solo otras personas podían sentir, porque quizá yo estuviese rota ya que nunca me habían gustado los chicos con los que había salido antes. Nunca me habían sudado las manos, ni había sentido mariposas en el estómago, ni se me habían sensibilizado los pezones al verlos. ¿Cómo era posible que un campeón de rodeo, al igual que mi hermano mayor, fuera el hombre que me humedeciera las bragas?

Tal vez se debía a que Beau era guapísimo. Tenía el cabello oscuro, ojos que se fijaban en mí con tanta intensidad que era como si no hubiera nadie más alrededor y una mandíbula cincelada con perilla. Además de un sólido cuerpo que sabía que no se había forjado en el gimnasio.

—¿Estás bien, cariño?

Tragué saliva asintiendo bajo una mirada que parecía no perderse de nada. Probablemente, más tarde entraría en pánico por lo sucedido antes, cuando tuviera la oportunidad de procesarlo, pero de momento estaba bien. Me alegraba mucho que Beau hubiera aparecido.

—Sí.

De hecho, no pensaba en mucho más, excepto en la sensación de su mano sujetando la mía, en esas callosidades ásperas, en su calidez, en cómo sentía mariposas en el estómago y se me ponían erectos los pezones. ¿Solo por un simple apretón de manos? Por una vez me pregunté qué se sentiría tener esas manos recorriendo otras partes de mi cuerpo.

Hasta el momento Beau se había mantenido tranquilo pero de repente…

—¿Por qué cojones hiciste algo tan imprudente como…?

No levantó la voz pero claramente se había enfadado. Levanté una mano para interrumpirlo. Había lidiado en mi vida con bastantes hombres exageradamente protectores como para saber cómo defenderme.

—¿Tan imprudente como para salvar a una jovencita de lo que planeaban hacerle?

—¡Te lo iban a hacer a ti! —replicó—. Gil dijo que pasarían un rato juntos y luego te dejaría marchar, pero tengo una idea bastante clara de lo que significa *pasar un rato juntos*.

La expresión del rostro de Beau era asesina, como si considerase regresar para matar a todo el grupo. Así era el amigo de Trig. El que había venido a la cena familiar la otra noche en el rancho. El que se había sentado frente a mí, mirándome como si estuviera hambriento de mí y no del gran banquete que teníamos sobre la mesa, como si fuéramos los únicos dos en la sala.

Con solo mirarlo, me provocaba que me palpitara hasta el clítoris. Me había pasado toda esa cena estudiándolo, fijándome en la fortaleza de sus manos gastadas por el trabajo, en sus anchos hombros, en sus cejas marcadas. Me retorcía en mi asiento pensando en si esa barbilla se sentiría suave si me rozara los muslos. Lo imaginé montando un toro, agarrándose del animal, sacudiéndose en el lomo. ¿Era estúpido montar toros? Por supuesto. Pero también era, por alguna razón, increíblemente excitante. Quizás fuera la energía de hombre viril que había que tener para montar uno de esos.

Sin embargo, no importaba que su mirada se fijara en mí por encima de las mazorcas y las costillas de aquel banquete porque estuviese interesado en mí. O que me viera como algo más que la hermana menor de su amigo. No importaba porque yo estaba fuera de alcance.

Ninguno de los amigos de mis hermanos siquiera intentaba invitarme a salir desde que el amigo de Hayes, Ethan, lo hizo cuando yo tenía veinte años y los ocho se alinearon en el porche detrás de mí y lo ahuyentaron. Zeb solo tenía diez años en ese momento y aun así lo hizo temblar. Y su invitación había sido para una recaudación de fondos de la iglesia mediante un juego de bolos.

Desde aquella vez, nadie había tenido la valentía suficiente ni había sido tan… *hombre* para soportar la mirada protectora de los chicos Wilder. Chris, el último con el que salí, me había dejado plantada y desapareció. Antes de él, puede que hubiera tenido algunas citas secretas con hombres que conocí en competiciones, pero nunca surgió nada más. Todos me conocían como la famosa hermana menor de Trig Wilder. No me enamoraría de alguien que pensara así de mí.

Quería a un hombre que me quisiera a mí, Lainey Wilder, vaquera y jinete de barril.

Beau no sería diferente, estaba segura. Me había llamado *la hermanita* de los Wilder. Nadie quería acostarse con una hermanita Wilder. ¿Yo quería acostarme con Beau? Daba vueltas en la cama pensando en ello cuando mi casa quedaba a oscuras y en silencio. Imaginaba a Beau encima de mí, empujándome contra la cama y

llenándome con su enorme polla mientras me decía todo tipo de obscenidades al oído. Cosas que planeaba hacerme sin pensar ni una sola vez en mis ocho hermanos.

Era solo una coincidencia que hubiera sido él quien me rescatara. Dudaba que volviera a verlo en otra circunstancia.

—Estaba pensando en ello —le dije finalmente.

—¿En qué? —dijo entre dientes.

—En salvarme sola.

—¿Cómo...? —Miró al cielo negro y suspiró.

—¡No podía dejar que ese hombre se llevara a la chica! —le expliqué—. ¡Estás culpando a la víctima! A esos hombres es a quienes deberías gritarles. Son ellos quienes se llevaron…

—A mi hermanita.

Parpadeé tras la respuesta sencilla y sorprendente.

—Tu…

—Cammie, mi hermanita.

—Dios mío, ¿está bien?

Él asintió con la cabeza. Mientras las luces del estadio iluminaban el cielo, su rostro permanecía en la sombra bajo su oscuro sombrero Stetson.

—Lo está gracias a ti.

Suspiré sintiendo que toda la adrenalina se desvanecía de repente.

—Qué bueno. Le di al tipo una patada en los huevos, Beau. Yo iba a escapar también, pero me agarró de la camisa. Me atrapó. Te juro que le di una patada tan fuerte que casi se ahoga. Traigo navaja. Iba a…

Levantó una mano y maldijo.

—No quiero oír qué harías con una navaja, ni cómo él podría haberte dominado y habértela clavado. —Me miró fijamente.

—¿Qué? —pregunté.

Su mirada se posó en mis labios y, de repente, la noche de verano que nos rodeaba crepitó como si se avecinara una tormenta.

—Joder.

Le seguía el hilo a la conversación, pero me cogió el rostro entre las manos, me besó me sorprendió. Pronto la sorpresa se desvaneció

cuando el beso fue todo lo que esperaba de un hombre. Beau tomó el control. Control total. Me inclinó la cabeza, tal y como quería, para profundizar el beso con su lengua encontrando la mía, entonces gemí.

No supe por cuánto tiempo estuvimos besándonos. Tampoco supe cómo había acabado incrustada contra el lateral de un remolque de caballos vacío, con el cuerpo de Beau inmovilizándome. Sentía su peso, su dureza. Lo saboreé. Lo olí. Lo absorbía como una planta del desierto que recibía finalmente la lluvia.

Cuando apartó la cabeza, me pasó el pulgar por el labio inferior. Su sombrero había desaparecido. La mirada ardiente e intensa de sus ojos transmitía la idea de que no tenía intención de detenerse. Parecía que quisiera devorarme pero de alguna manera se contenía.

—¿De qué ha ido eso? —susurré.

—Solo te estaba dando tu último primer beso.

Parpadeé.

—¿Qué?

La comisura de sus labios se curvó hacia arriba esbozando una sonrisa.

—Ya me has oído.

Un último primer beso. Como si él fuera la única persona a la que iba a besar en adelante.

—No puedes decirlo en serio…

—Sí —dijo sin más.

—Pero…

Me puso un dedo en los labios para callarme.

—Ya está, amor. Eres mía.

Fruncí el ceño.

—Te das cuenta de la ironía de que me lo digas después de rescatarme de un secuestrador de mierda.

Gruñó. Parecía que no le gustaba que le recordara lo que acababa de pasar.

—La diferencia es que yo voy a cuidar de ti, a tratarte como la mismísima reina.

¿Que qué?

Tenía que admitir que sonaba bien. ¿Que un hombre me mirara así y me deseara? Sentí mariposas en el estómago. Ese beso demostraba que definitivamente había química entre nosotros. ¿Y que me rescatara? Demasiado sexy.

—Hay un gran problema. —Me encogí de hombros—. Bueno, ocho.

—Puedo manejar a tus hermanos, Lainey —respondió Beau con confianza.

—Nadie ha podido con ellos todavía —murmuré.

—Entonces ninguno te merecía.

Abrí la boca para responder, pero la cerré.

El rugido de la multitud desde el interior de la arena del rodeo rompió nuestra pequeña y tranquila burbuja. Jadeé al darme cuenta de la hora que era.

—Tengo que competir. Joder, esa artimaña me retrasó. Espero que no me descalifiquen.

Beau se agachó, levantó el sombrero del suelo, le sacudió el polvo y se lo puso en la cabeza dando un paso atrás. Eché de menos su calor, sus caricias ásperas, pero volvió a cogerme de la mano y eso me sentó bien. Perfecto.

—Vamos, amor. Vayamos a la zona de preparación.

Me planté y señalé en dirección opuesta.

—Cerca de mi remolque. Mi caballo está atado allí. No tienes que acompañarme. Yo…

—Veré competir a mi mujer —explicó con simpleza—. Con Cammie y mi madre.

—Deberías ir con ellas…

El resto de mi frase se vio interrumpida cuando me giró de tal forma que mis manos aterrizaron en el lateral metálico del remolque y su mano se abatió en mi trasero con un sonoro azote.

Jadeé, ¡me había dado un azote! Intenté moverme, indignada, pero una mano en mi nuca me mantuvo en mi sitio para darme otra nalgada… No, ¡dos más!

—¡Beau! ¿Qué cojones? ¡Hay gente cerca!

—Tus gritos llamarán más la atención que cualquier otra cosa, amor.

Me dio otro azote por encima de los vaqueros, luego me volvió a girar y se pegó contra mí de nuevo. Sentí su erección, dura y gruesa en mi vientre. ¡Darme azotes le había excitado! Tragué saliva, atónita por su proceder. Me había maniobrado para azotarme. No sabía si sentirme horrorizada o excitada también. Ningún hombre, ni uno solo, había hecho *nunca* algo así.

—¿Me prestarás atención ahora, cariño, o necesitas unos cuantos más?

Entrecerré los ojos mordiéndome el labio. No dije nada. Beau soltó una risa mientras me estudiaba.

—No te voy a perder de vista hasta que estés a salvo, montando tu caballo en la zona de preparación, con toda la arena llena de gente a tu alrededor. Como sigas discutiendo, vas a competir con el culo más rojo y dolorido de lo que ya lo tienes. Te bajaré los vaqueros y las bragas y te daré unos más como corresponde. Cualquiera sabrá que eres terca y descarada y que necesitas que te lo hagan saber.

—Terca y…

Bajó la cabeza y me miró con una mirada que indicaba que lo decía en serio. Apreté los labios y me moví un poco. Los azotes habían pasado de un escozor agudo a sentirse como calor en mi cuerpo. Un calor que se extendió a mi núcleo y hasta el clítoris. Entonces Beau me acarició el coño por encima de los vaqueros y volví a jadear, esta vez por una razón completamente diferente. Su gran mano tocándome era… joder, una provocación. Quería que mis vaqueros se disolvieran para que sus ásperos dedos llegasen directamente a mi ansioso sexo. Tenía la sensación de que probablemente tuviera un orgasmo si lo hacía.

—Eso pensé. Te gusta la idea. Y también lo necesitas, por lo ansiosa que estás. Sabía que eras perfecta, Lainey. ¿Tu familia está aquí contigo?

Sentí que se me enrojecían las mejillas. Beau había captado algo de mí que ni siquiera yo sabía que existía. Me gustaba la idea de que me azotara, me bajara los vaqueros y las bragas hasta la mitad de los muslos y continuara su reprimenda, de que me dejara

el culo enrojecido y me provocara ese escozor. Sentí mi excitación gotearme por los muslos y él lo sabía. Sabía lo que necesitaba.

¿Qué me pasaba? ¿Desde cuándo quería que un hombre tomara el control de mí de esa manera? Sabía la respuesta. Beau veía más allá de toda la dureza de mi carácter y descaro, que me permitían mantenerme firme ante mis ocho hermanos. Los Wilder podían defenderse. La única chica Wilder también tenía que hacerlo.

Me pasaba solo con Beau. Con cualquier otro hombre, le hubiese dado otro rodillazo en los testículos.

Me aclaré la garganta. Aprecié que cambiara de tema, que de alguna manera esos tres azotes en mi trasero hicieran borrón y cuenta nueva.

—Sí, Shep y Zeb están con mi madre en las gradas. No querían que mamá estuviera de pie demasiado tiempo después del incidente —dije—. Irán a verme después del torneo.

La cara de Beau se ensombreció recordando lo sucedido con mamá. Todo habitante de Foso del Diablo lo sabía, ya que el ataque de esa desquiciada había tenido lugar en un pasillo del supermercado.

—Buena chica. ¿Los esperarás?

Disfruté por un momento el «buena chica», luego puse los ojos en blanco con fastidio.

—Beau, no soy estúpida. Por supuesto que los esperaré.

Parecía que él pensaba que últimamente había locos por todas partes.

No respondió a mis palabras, solo preguntó:

—¿Dónde está tu caballo?

Se veía calmo, sereno, también mandón. No le confesaría que me gustaba. Quería discutir con él más tiempo solo por principios, pero no tenía tiempo.

Fruncí el ceño y volví a señalar el sitio.

—Al lado de mi remolque.

—¿Y tu teléfono?

—Ahí también.

Me tomó de la mano, pero esta vez me dejó guiarle hasta donde estaba Junior. Una vez allí intercambiamos números de contacto.

Fuimos hasta el corral de precalentamiento para un solo ejercicio, antes de que fuera mi turno de salir a las pistas. Solo entonces, rodeados de una multitud y cuando estuve montada al lomo de Junior, me dejó para ir a buscar a su madre y a su hermana. También me dejó con los pensamientos revueltos, sintiendo más el escozor en el trasero una vez sentada en la silla de montar, lo que me hizo pensar en Beau… en cuándo volvería a darme unas nalgadas.

4



BEAU

A PRIMERA HORA de la mañana siguiente, me levanté del asiento en cuanto Trig entró en Sip N' Serv, el restaurante del pueblo. Tras darnos un apretón de manos, nos sentamos uno frente al otro. Era temprano, pero el local estaba repleto, pues en una pequeña comunidad ganadera, la gente se levantaba antes del amanecer. Había estado allí el tiempo suficiente para que la camarera me hubiera dejado una jarra de café y llené una taza vacía para Trig.

—Dijiste que querías hablar —dijo, bebiendo un sorbo de la humeante bebida—. ¿Va todo bien?

—¿Cómo está tu madre?

Sabía que estaba bien porque había ido al rodeo anoche, pero quería escuchárselo decir a él.

—Bien. Solo tiene una leve conmoción cerebral. No puedo creer que Shayna la golpeara con una maldita lata de frijoles. El médico

dijo que tiene la cabeza muy dura dado que ha tenido que aguantarnos a todos durante tanto tiempo.

No pude evitar sonreír.

—Me lo imagino. Hay que ser una mujer fuerte para criar a los Wilder.

Pensé en Lainey y su fortaleza. En su independencia. Quizás fuera demasiada. Ella había tenido que seguirles el ritmo a sus hermanos durante tanto tiempo que probablemente se hubiese olvidado cómo era que la apreciaran por algo más que ser la hermana de los Wilder. Joder, tal vez nunca la habían visto de otro modo.

Hasta que llegué yo.

—Shayna está arrestada. El juez ordenó una evaluación psiquiátrica, aunque mi madre no va a presentar cargos formales, porque simplemente se volvió loca por uno de sus hijos. Dijo que no podía culparla por eso. Por lo que he oído, su familia la enviará a un lugar fuera del estado para que reciba tratamiento de salud mental. Colt estará atento.

Asentí, contento de saber que habían encerrado a una demente que atacaba a las mujeres de Foso del Diablo. Cerrado el tema de su madre, continué.

—Anoche, en la arena del rodeo, un cabrón atacó a mi hermana —le dije.

Sus ojos se agrandaron con sorpresa.

—Joder. ¿Está bien?

Asentí con la cabeza y apreté la taza con tanta fuerza que casi la rompí.

—Sí, Lainey la rescató.

—¡Joder! —Sacó el móvil y miró la pantalla—. ¿Por qué no supe nada de ella?

—Porque está bien —le aseguré—. Las dos están bien. Supongo que Lainey confrontó al grupo cuando uno se llevaba a Cammie, que pudo escapar, pero el maldito terminó llevándose a Lainey después.

—¿Qué diablos? —Apoyó la taza en la mesa con tanta fuerza que salpicó café caliente por todas partes. La vena del cuello le palpitaba cuando apretó la mandíbula.

—Fui a buscarla. —Le conté qué había pasado, cómo Lainey había protegido a Cammie, que había gritado para llamar la atención. Le hablé de Gil y los otros vaqueros. Del hecho de que no los había matado a todos allí mismo porque estaba su hermana presente.

—¡Joder, Dios mío! —dijo Trig, quitándose el sombrero, pasándose la mano por la nuca—. Debería haber estado allí. —Levantó la mirada hacia mí—. A ver, ¿dónde diablos estaban Shep y Zeb?

—Habían entrado con tu madre para ver la competencia. Lainey estaba en su caravana con su caballo y salió corriendo cuando oyó a Cammie peleándose con Gil. —Levanté una mano delante de mí cuando vi que a Trig se le pasaba por la cabeza tener una buena conversación con sus hermanos menores. Como yo le di a Lainey un severo recordatorio por haber sido tan imprudente, me quedé pensando en si habría competido con el culo dolorido. Mucho no le debió de haber afectado porque la forma en que se lució en el torneo… Joder, fue increíble. Era competitiva, inteligente, estaba en armonía con su caballo. Era tan sexy verla en la carrera que estando sentado entre mi madre y mi hermana, tuve que ocultar mi erección con el sombrero Stetson en el regazo.

—Ya llamé a Colt esta mañana —añadí—. Le dije quiénes eran los hombres y qué pasó. Dijo que se pondría a investigar de inmediato. Vendrá aquí a reunirse con nosotros.

Los hombros de Trig se relajaron ligeramente. Después de lo sucedido con Ellie en primavera, la forma en que ella fue utilizada como moneda de cambio entre su padre y otro ganadero de la zona, no le gustaba mucho que se metieran con las mujeres que amaba. Sin mencionar que su madre había recibido un golpe en la cabeza.

Quise llamar a Trig anoche para ponerlo al día, pero tuve que sentarme con mamá y Cammie en las gradas para ver a Lainey ganar el torneo. Después, cuando la vi rodeada de su familia, no pude acercarme a ella, pero comprobé que estaba a salvo y quise asegurarme de que mi familia también lo estuviera en el hotel. Para cuando terminé, ya era demasiado tarde para informarle a Trig y le envié el mensaje esta mañana para encontrarnos.

Había tenido una noche de insomnio imaginando qué le podría haber pasado a Lainey, visualizando que mataba a Gil y a los otros cabrones. No obstante, la mayor parte del tiempo me lo pasé pensando en ese beso. En cómo se sintió tener a Lainey en mis brazos. En los sacudones de su trasero bajo la palma de mi mano cuando le di nalgadas y cómo respondió a mí cuando le acaricié la entrepierna por encima de los vaqueros. Pasó de atónita a enfadada, finalmente a sumisa y cachonda. No se me había escapado ninguna de sus reacciones.

Mi miembro siguió duro aun después de liberarme en la ducha. Tuve que descargarme dos veces antes de lograr dormirme; otra vez más por la mañana, solo para que mi erección bajase lo necesario para poder salir de mi habitación de hotel.

El beso fue increíble. Nada delicado ni dulce. Lainey sabía a gloria. Los gemiditos que soltaba fueron suficientes para que quisiera follarla allí mismo contra aquella caravana. Sin embargo, no haría nada más que besarla o darle nalgadas con los vaqueros puestos hasta contarle mis intenciones a Trig.

Aun así, no permitiría que él se interpusiera entre nosotros. Si tenía algún problema con que reclamara a su hermana, bueno, sería su maldito problema. No obstante, como lo respetaba lo suficiente, quería hacerle saber que en adelante yo sería el hombre de la vida de Lainey. Por más que ella tuviera ocho hermanos y un padre fuerte que la cuidaban, sería a mí a quien acudiría.

Lainey Wilder era mía. Trig debía saberlo. Solo después la haría mía.

Joder, sí. Quería ir a verla, abrazarla, besarla, introducirme tan profundamente dentro de ella que no tuviera ninguna duda de que me pertenecía. Diablos, quería marcarla por dentro y por fuera para que nunca se le olvidara…

Cuando la camarera se acercó con libreta en mano, pedí el especial del ganadero: dos huevos revueltos, beicon, patatas fritas y una tostada. Trig ordenó lo mismo, excepto que pidió los huevos poco cocidos. Mientras tanto Colt se acercaba a la mesa, luego se quitó el sombrero Stetson y le sonrió a la señora mayor que oficiaba de camarera.

—Hola, Mabel. Solo una taza de café para mí. Gracias.

Trig se desplazó en el banco de su asiento y Colt se sentó a su lado. Tenían espaldas tan anchas que apenas cabían en el mismo lado de la mesa.

Perfecto. Dos hermanos Wilder, uno de ellos armado. Joder, probablemente Trig también portara un arma. Viéndolos juntos, noté que el parecido entre ellos era fenomenal. Ambos tenían el cabello oscuro, barba, expresiones faciales serias. Trig vestía una camiseta verde lisa y vaqueros. Colt su camisa de alguacil y vaqueros con la funda de la pistola en la cadera.

Cuando Mabel se alejó, me apoyé sobre el respaldo de mi asiento y jugueteé con mi taza.

—Le contaba a Trig lo de anoche —dije, poniendo al corriente a Colt. Él gruñó y bebió un sorbo de café.

Yo vivía en Bozeman, a un par de horas de distancia. Llevaba años de amistad con Trig y normalmente solo nos veíamos en el circuito de rodeo y en ciertos eventos. Una vez había venido a Foso del Diablo especialmente a visitarlo; en otra ocasión cenamos juntos y fue la noche de la tormenta de nieve en la que encontramos a Ellie. Luego, había vuelto recientemente a un rodeo que se realizó junto con la primera feria del condado y conocí a su familia. A Lainey.

—Cuando terminemos, me iré al recinto de la feria. Me ocuparé de Gil y sus amigos —dijo Colt.

—Lainey tiene muy mala suerte con los hombres —añadió Trig —. Aun con los que no quieren secuestrarla.

—¿A qué te refieres? ¿Qué tipo de novios ha tenido? —Quise saber. Intenté evitar apretar los puños al imaginarme a Lainey con otro. Yo no era un monje, así que no debía esperar que una mujer de veintitantos años no tuviera ningún pasado con hombres. Aun así, como quería ser el único que la tocara y le diera orgasmos, me aseguraría de marcarla con mi simiente, por dentro y por fuera. La reclamaría tanto que ni siquiera se acordaría del nombre de ningún otro hombre.

Colt tardó un segundo o dos en responder.

—Salió con un chico a principios de verano. Chris Gómez. Un dentista de Barnes.

Conocía esa ciudad, a unos diez kilómetros al otro lado de la autopista. Los miré a los dos, evaluando sus sentimientos hacia el chico.

—No parecéis muy entusiasmados con él.

Se miraron el uno al otro y luego volvieron a mirarme.

—Mientras aún salían, Buck y Shep vieron a Chris una noche en The Roadside con Tawdra Collins, muuuuy juntos en una mesa de la esquina. —Trig alargó la palabra *muy* durante unos segundos—. Más tarde, Shep fue al baño y lo encontró recibiendo una mamada de ella en uno de los cubículos.

—La lista de gente a la que quiero matar sigue creciendo —dije mirando a Colt a los ojos, sin miedo a que el agente de la ley me arrestara por mis amenazas. No podía imaginarme por qué demonios alguien traicionaría a Lainey Wilder. Menudo idiota. Esperaba que él se hubiese pegado sífilis por ese encuentro.

—Haz la fila conmigo —respondió Colt con severidad.

Solo podía imaginar el tipo de gente con la que Colt lidiaba por su trabajo. Además de la cuñada, la gemela idéntica de su mujer, que era una psicópata que había intentado arruinarle la vida a Molly en primavera. O Trout, que había acosado a Ellie. O este imbécil que había engañado a Lainey. O la demente que había noqueado a la señora Wilder por su obsesión con Bray. Y ahora se sumaba Gil por lo de la feria.

Aun así, no pude evitar sonreír por sus pensamientos poco legales para un hombre que se suponía que debía defender la ley.

—Lainey debió de ponerse como loca cuando se enteró —dije.

—No lo supo. Luego de que Tawdra se fuera, Shep se acercó a Chris Gómez y le dijo que si se ponía en contacto con Lainey o estaba en el mismo lugar que ella, lo incriminaría por alguna cosa turbia. Terminaría en la cárcel, donde iba a estar él de rodillas chupando pollas. Lainey cree que simplemente la ha abandonado. Nadie le contó qué pasó y no pensamos hacerlo.

Arqueé las cejas. Joder, eran demasiado protectores. Pensarlo me hizo preocupar un poco por mi vida… y por mis pelotas, cuando

les dijera que Lainey era mía.

—Ese Chris es un idiota sin huevos. Es imposible que haya estado involucrado en lo de anoche. —Trig suspiró y se pasó la mano por la nuca—. Lainey necesita un hombre que pueda con ella, que la mantenga a raya y la proteja, especialmente con todas las mierdas que pasan últimamente.

Colt asintió. No pude pedir una transición mejor para mí.

—Estoy de acuerdo. Necesita a alguien que la deje ser valiente y audaz como es, pero que sepa que tiene a un hombre a su lado cuidándola. —Trig entrecerró los ojos, quizás captando exactamente mis palabras—. Ese hombre soy yo —añadí.

Cuando Mabel regresó con nuestra comida, evitó que los hermanos de Lainey saltaran sobre la mesa y me mataran.

—¿Puedes repetirlo? —preguntó Colt.

Miré a uno y luego al otro.

—Lainey es mía.

5



BEAU

—¿Ella lo sabe? —preguntó Colt, enarcando una ceja oscura.

Tenía que darle mérito por mantener la calma mientras le servían más café en la taza.

—Sí, lo sabe. —Los platos humeantes que teníamos delante Trig y yo quedaron ignorados. Trig me miró de arriba abajo.

—Y sigues vivo.

Volví a sonreír.

—Sí.

—Pero acabas de conocerla la otra noche —le recordó Colt.

Hablé señalando a Trig con la barbilla:

—Este cabrón tardó tres segundos en saber que Ellie era suya. Y si no me equivoco, tú viste a Molly en un rodeo y la hiciste tuya en el cuarto de limpieza.

Colt gruñó y luego sacó un trozo de beicon del plato de su hermano.

—No la habéis visto con esos hombres anoche —continué—. Estaba distinta. Un poco asustada, claro, pero les dio bastante lata. Gil dijo que solo la tendría por un rato y luego la dejaría ir, pero me quedó la sensación de que estaba a dos segundos de soltarla.

Los dos hermanos apretaron la mandíbula.

—Si os hace sentir mejor, ella le dio una patada en los huevos.

Colt gruñó.

—Lo llevaré a la comisaría más tarde, pero quizás se dé un par de golpes contra la pared por el camino.

—Ella fue imprudente… —empecé a decir.

—Así es Lainey —murmuró Trig por encima de mí.

—…y si lo vuelve a hacer, le voy a dar unos azotes en el culo.

Me miraron con creciente ira. Tenían las venas de las sienes palpitando al unísono. ¿La ubicación de las venas sería genética?

—Tenéis que calmaros antes de que os dé un aneurisma —les dije.

Agradecí que solo se hubiera afectado su presión arterial y que yo no estuviera muerto.

—Hablas de darle azotes a nuestra hermana —dijo Colt entre dientes.

—No me digáis que no lo habéis pensado antes.

—Un millón de veces —admitió Trig. Se había olvidado de su comida, pero seguía con el tenedor en mano.

—¿Has tocado a nuestra hermana? —gruñó Colt, inclinándose hacia delante como si no quisiera que los demás clientes supieran que estaba a punto de dispararme.

—Ni de casualidad os voy a contar nada sobre lo que es privado entre Lainey y yo. Es vuestra hermana, pero es una adulta.

Se quedaron allí sentados, en silencio, obstinados.

—No voy a jugar con ella como su ex. No voy a hablar mal de ella ni a contar lo que pase entre nosotros. —Miré a Trig—. Tú me conoces. Sabes quién soy. La única persona a la que pediré permiso para hacer algo con Lainey es a Lainey. Podéis reunir a vuestros otros hermanos y darme una paliza, pero no cambiará nada. Soy su hombre.

—¿Dijiste que ella lo sabe? —preguntó Colt, arqueando la ceja —. Porque a nuestra hermana no le gusta que le digan nada.

Asentí con la cabeza.

—Se lo he dicho, y sí, lo he notado.

La forma en que ella me miró desde el otro lado de la mesa en casa de sus padres la delató. No se me pasó por alto el interés en su mirada, ni el rubor rosado que se le formó. Intentó ignorarme, pero no pudo. Lainey había sentido la atracción entre nosotros tan fuertemente como yo.

Había algo entre nosotros. Descubriría exactamente qué era. Solo tenía que asegurarme de proceder de la manera correcta para no recibir un rodillazo en los testículos o un entierro en el rancho Wilder.

Ambos hermanos se quedaron en silencio durante treinta segundos. Un minuto. Se miraron el uno al otro, luego asintieron con la cabeza.

—Buena suerte con ella —dijo Trig, con una leve sonrisa en los labios. Ese pequeño gesto fue suficiente para que supiera que yo probablemente lo iba a pasar muy mal.

Suspiré. No necesitaba permiso, pero me alegraba tenerlo de todos modos.

—Como le hagas daño, te haremos daño.

Las palabras de Colt fueron lo más parecido a su aprobación que iba a conseguir.

6



LAINEY

ESTABA TAN enfadada que ni siquiera recordaba haber conducido por la autopista hasta el hotel. Dado que la feria estaba en pleno apogeo, el aparcamiento del lugar estaba lleno. Como tenía el número de habitación de Beau, me salté el ascensor y subí por las escaleras hasta la segunda planta. Cuando abrió la puerta, mi ira se desvaneció por un momento al verlo.

Joder.

Tenía únicamente una toalla que lo cubría. Y las toallas de hotel no son muy grandes. Gotas de agua corrían por su torso desnudo. Evidentemente acababa de salir de la ducha. Tenía un tatuaje en el pectoral que no me esperaba. Lo mismo pensé del vello oscuro que salpicaba su pecho y la forma en que se unía en su ombligo en una línea que bajaba toalla abajo.

Joder, qué buen cuerpo tenía. Era robusto y…

—¿Ves algo que te guste, amor?

La pregunta me sacó del trance provocado por su atractivo cuerpo.

—¿Se lo has contado a mi hermano? —espeté, recordando la razón por la que había venido, sin responder a su pregunta. Pero me ardían las mejillas porque me había pillado.

Sus cejas oscuras se arquearon.

—A tus hermanos, Trig y Colt —aclaró—. ¿Sobre nosotros? Sí.

Me puse las manos en las caderas, lista para enfrentarme a él porque lo había admitido. Al menos no mentía.

—¿Les pediste permiso para qué…? ¿Para salir conmigo? Estamos en el siglo veintiuno. ¡Tengo voz propia!

Miró de un lado al otro por el pasillo, me agarró del bíceps y me empujó dentro de su habitación, dejando que la puerta se cerrara detrás de él. Me di la vuelta y volví a mirarlo. Con las persianas abiertas, la habitación estaba bien iluminada. Estaba húmedo por su ducha y olía a él, a algo picante y a jabón básico.

—No les he pedido permiso para nada —dijo, dando un paso hacia mí—. Les he informado que eres mía. Desayuné con ellos para dejarle claro a Trig, tu hermano mayor, y a Colt, el que va con pistola en la cadera, cómo serán las cosas. No les pregunté. Se los informé.

Alcé las manos al aire.

—¡Es lo mismo! No tenías por qué acudir a ellos. No me consultan cuando quieren follarse a una mujer.

Entrecerró los ojos y dio un paso hacia mí. Yo retrocedí y tragué saliva al ver la expresión de su rostro, una que decía que me iba a dar unos azotes.

—Indudablemente quiero follarte. No se puede ocultar lo mucho que me gustas solo con esta toalla puesta.

Por supuesto, me hizo bajar la mirada y ver cómo se abultaba la toalla porque… joder. Tenía que ser muy grande si levantaba tanto la tela.

—Si eso fuera todo lo que quisiera de ti, ya estarías caminando raro, con una sonrisa en la cara por todos los orgasmos que te habría provocado. También yo estaría bien lejos, en otro estado. No habría hablado con tus hermanos, en absoluto. Cuando digo que

eres mía, me refiero a que vas a ser la señora de Beau Rivers, con un anillo en el dedo y un bebé en el vientre.

No tenía nada que decir en respuesta porque… ¿perdón? ¿Quería *casarse* conmigo? ¿Tener un *bebé*? Mi núcleo se contrajo rápida y fuertemente ante esa posesividad. *Nadie*, nunca, jamás, me había hablado así antes.

—No voy a actuar a espaldas de tu familia como si estuviéramos haciendo algo malo —añadió—. Eres mía. Seguiré diciéndolo hasta que lo creas, Lainey.

Volví a terreno más seguro, donde la furia podía protegerme como si fuera un escudo.

—No es asunto de ellos.

Beau dio otro paso adelante y yo otro atrás.

—No lo que pase entre nosotros, no, y se los he dicho. Lo que hagamos queda entre tú y yo. Nadie más. Pero les conté mis intenciones. Conozco a Trig desde hace mucho tiempo. Mi amistad con él implica que se merece saber que, aunque tienes ocho hermanos que te cuidan, ahora tú eres mi responsabilidad.

Mis ojos se abrieron como platos.

—¿Que soy tu *responsabilidad*? Eso no es una relación. Es tener una mascota.

Sonriendo, la comisura de su boca se curvó hacia arriba, haciendo que se le moviera la perilla.

—No me molestaría verte a cuatro patas, amor. Jadeando también.

—Beau…

—Hay algo entre nosotros, cariño. Nunca me había sentido así. ¿Tú también lo sientes?

Yo sentía agobio. Quizás un poco de miedo. Sentía que, al venir a su habitación de hotel, había caído en una trampa. Estaba atrapada pero esta vez no estaba segura de querer que alguien me salvara.

Tenía razón. El corazón me latía fuerte. Tenía las palmas húmedas. Las bragas también. Sentía la atracción entre nosotros. Ese beso de anoche no había sido suficiente. Y, obviamente, yo no

estaba muy bien del todo, ya que él me había dado unos azotes y quería que volviera a hacerlo.

Estar sola en una habitación de hotel con cualquier otro hombre desnudo, excepto por la toalla, me habría resultado extraño. Por primera vez en mi vida, sentía verdadero deseo. Anhelaba volver a sentir su boca, su sabor, la dureza de su cuerpo presionando el mío. Quería sentirme deseada. Anhelada. Segura.

—Yo también lo siento —susurré, admitiendo que no tenía el control de la situación. No podía contener mis emociones si era él.

—No tienes que luchar contra ello, Lainey. Ni contra nosotros. No soy como tus hermanos. Soy tu hombre.

Volví a tragar saliva y le di un leve asentimiento.

Ese pequeño movimiento de cabeza en señal de aceptación bastó. Beau se acercó a mí, me cogió el rostro entre las manos y me besó, retrocediendo hasta que mis piernas chocaron con el borde de la cama.

Entonces caí. No solo en la cama, sino en lo que fuera que había entre Beau y yo.

7



BEAU

ME AGACHÉ, le agarré uno de los tobillos y le quité una bota de cuero, luego la otra. Seguidamente, los calcetines, mirándola a los ojos mientras la desnudaba de abajo hacia arriba.

Era como desenvolver el mejor regalo de cumpleaños o Navidad o Hanukkah o cualquier otra festividad, todas en una. Con cada centímetro de piel pálida que quedaba al descubierto, más me excitaba y la toalla que llevaba amarrada a la cintura se desató solo por la fuerza de mi polla.

Lainey jadeó abriendo mucho los ojos mientras me miraba. Bajé la vista. Mi duro miembro no era nada nuevo para mí, especialmente esta semana, pero podía imaginar que ella pensara cosas como «¿me va a caber?», «¿cómo puede caminar con eso entre las piernas?», «lo deseo tanto dentro de mí que se me empaparon las bragas». El líquido preseminal, tras acumularse en la punta, se deslizó lentamente por el glande. Todo era para ella.

Lainey se humedeció los labios, froté mi pulgar por la gota derramada y se la di a lamer. Cuando me lamió la punta del dedo, el calor y la succión de su boca hicieron que eyaculara un poco más. Saqué mi dedo, le quité la camiseta y el sujetador hasta que, por fin… joder, *por fin*, la tuve desnuda. Me volvía loco. Me enfadaba. Me ponía salvaje. Feroz. Estaba desquiciado por ella.

La coloqué boca abajo, apoyando solo su vientre en la cama, de modo que quedara doblada por la cintura con las piernas en el suelo. Me limpié la boca con el dorso de la mano mientras la contemplaba con el culo desnudo al aire, lista para cualquier cosa que quisiera darle. Ella me miró por encima del hombro pero no se movió. Tenía todo el tiempo del mundo para negarse, para salir de la cama y escaparse o para darse vuelta y querer que la hiciera mía con dulzura. Pero no hizo nada, lo que significaba que también lo quería de esta manera. Quería todo lo que yo fuera a darle, lo cual era un recordatorio.

Inclinándome sobre ella, puse una mano junto a su cabeza en el colchón y deslicé la otra por su espalda hasta su trasero. No podía mirarme directamente, pero observé el latido de su pulso en el cuello. Respiré su aroma. Noté su respiración entrecortada.

—¿Recuerdas ese azote, amor?

Ella gimió, se humedeció los labios, como si esa pequeña gota de líquido preseminal hubiera sido una droga y necesitara otra dosis. Mi mano se deslizó entre sus muslos y encontró su núcleo caliente, hinchado, húmedo. Por fin podía probarlo. Me arrodillé en la alfombra y le separé los muslos. Contemplé por detrás su coño chorreante de deseo, rosado y brillante, y respiré hondo. Joder, olía rico. El nudito de su ano se apretó sin querer que lo ignorase.

—¡Beau! —dijo ella. Sentí que se retorcía bajo mi mano, pero no podía competir con la fuerza con que la sujetaba.

—Haré mía cada parte tuya, cariño. Empezando ya mismo.

Lamí hacia arriba la juntura de su sexo. Con los pulgares separé los pliegues y se abrieron para mí como una flor.

—¡Beau! —repitió, esta vez con un gemido entrecortado.

Perdí la cabeza con ese sabor dulce y agrio a la vez. Tenía que darle un orgasmo. Necesitaba que su excitación me cubriera toda la

barbilla. Que ella se retorciera de placer, que me suplicara, que gritara. Todo mi mundo se redujo a lo que había entre los muslos de Lainey, mi boca y mis dedos, y la devoré por detrás, succionando su pequeño clítoris, follándola con los dedos, hasta que gritó y tuvo un orgasmo una y otra vez.

Cuando se quedó quieta, dócil, supe que los orgasmos eran la mejor manera de conseguir que mi mujer dejara de ser tan descarada. Lamí suavemente cada gota de su excitación, pero en cuanto la dejé limpia, volvió a emanar más.

—Te voy a follar aquí. —Mi polla palpitaba con la necesidad de penetrarla. Sentía los testículos llenos, pesados. Introduje el pulgar en ella y sentí cómo me apretaba. Se me iba a romper la polla como no encontrara alivio pronto.

—Sí. Ahora. —Meneó las caderas. Sus dedos se aferraron al edredón de la cama.

Aun después de lo que acababa de hacerle, de dominar su cuerpo, darle exactamente lo que necesitaba de una manera muy obscena, seguía dando órdenes. Primero, ella tenía que aprender quién mandaba. Entrar envalentonada en un hotel, acusarme de no estar de su lado o de no apoyarla, no era la forma en que íbamos a funcionar.

Saqué el pulgar, reluciente bajo la luz de la habitación y completamente lleno de su crema y lo moví hacia arriba rodeando ese apretado nudo de su culo virgen, a juzgar por la forma en que chilló e intentó levantarse de la cama. Me puse de rodillas y le puse la mano en la nuca. La mantuve inmovilizada con la presión suficiente para que supiera que no iría a ninguna parte.

—No, no, cariño. Quédate ahí. Si vuelves a gritarme como una loca, acusándome de cosas como que no he pensado en ti o no te he puesto en primer lugar, entonces es aquí donde voy a va a follarte.

Para respaldar esas palabras, presioné el pulgar deslizándolo lubricado por su trasero. Entró fácilmente hasta la primera falange y lo mantuve quieto allí. Por un segundo, se quedó paralizada, luego comenzó a retorcerse, provocando que mi pulgar se hundiera profundamente. Cuando se dio cuenta de que eran sus movimientos

la causa, gimió. Lentamente, le follé el culo con el dedo mientras le hablaba.

—Las chicas malas reciben azotes. Las chicas malas reciben por aquí. ¿Quieres que te dé aquí, mi amor?

Me miró por encima del hombro conteniendo la respiración. La indecisión se reflejaba en sus ojos. No pude evitar sonreír.

—Interesante. Es bueno saberlo. —dije.

Intentó negar con la cabeza, pero la mantuve quieta.

—No. No quiero.

Saqué el pulgar para que saliera de su entrada trasera y luego rodeé con él el anillo de músculos sensibles y relajados.

—¿No quieres esto? —continué—. Te estás retorciendo de ganas, cariño, y joder, mira lo mojada que te has puesto con que solo te folle el culo con el pulgar.

—Beau —gimió.

Con un movimiento de mi nudillo y un poco de presión, volví a introducir el pulgar.

—¿Entiendes lo que les pasa a las que se portan mal, cariño? —le pregunté.

Asintió con fuerza, con el pelo deslizándose por las sábanas.

El gemido que escapó de sus labios cuando deslice mi pulgar hasta el fondo fue como el de una criatura salvaje repentinamente domesticada.

—¿Qué pasa? —insistí.

—Me follas el culo.

Menos mal que estaba desnudo.

—Así es.

No tuve que hacer más que inclinarme para alinear mi polla con su núcleo empapado.

—A las que se portan bien se les follan los dos lados.

Me deslice hasta el fondo dentro de su estrecho y húmedo coño. Fue mi turno de gemir. Mi polla, gruesa y dura, la había llenado completamente, y mi pulgar reclamaba su culo al mismo tiempo. Era grande, muy grande, así que estaba abarrotada de mí.

—Cielos, nunca había…

Lainey no era virgen. Había follado antes. Sería hipócrita pensar que a su edad se había saltado algo tan primitivo y placentero como el sexo.

—¿Nunca te han follado por aquí atrás? —Joder, qué bien se sentía. Exquisita. Yo era como un adolescente listo para descargarme y solo acababa de hundirme en ella. La hice mía bien y completamente, pero solo estábamos empezando.

—No. Es que…

El sudor me corría por la sien.

—¿Nunca qué, amor?

Me salí y volví a penetrarla con un ritmo lento, pero me costaba mantenerlo. Se sentía demasiado bien. Sus músculos me apretaban, los del coño y del culo.

—Es que nunca me había corrido así.

—¿Con los dos agujeros llenos?

—Con un hombre —admitió.

Esa confesión me provocó retroceder instintivamente y volver a penetrarla tan profundo como pude. ¿Nunca había tenido un orgasmo con un hombre antes que yo? Yo ya le había dado uno. Tendría al menos otro más antes de que eyaculase.

—Joder, cariño. Eres como un petardo a punto de explotar. Es que has tenido al hombre equivocado. No te preocupes, haré todas las cosas sucias y obscenas que necesites para correrte por toda mi polla.

Iba a follarla tan rudo que se olvidaría de los nombres de esos tipos. Se olvidaría hasta de que existían.

—Más duro —susurró.

Una gota de sudor cayó sobre su espalda curvada.

—¿Mi chica quiere más duro?

Sus manos se aferraron a las sábanas.

—Sí.

Saqué tanto la polla como el pulgar y luego embestí con ambos profundamente, aunque fui cauteloso con el pulgar. Su núcleo podía soportar una buena follada, pero su trasero necesitaba cuidado. Le di lo que quería, yo también lo necesitaba. Que me sintiera durante los próximos días. Que cada vez que se moviera, supiera que era

mía. Los sonidos de su sexo húmedo recibiendo cada centímetro de mi polla hicieron eco por la habitación.

—Um, quizá tenga que replantearme mis castigos, cariño. Parece que te encantan estos juegos. Quizá debería dejarte bien llena con un tapón que te ayude a recordar a quién le perteneces.

Podía sentir cómo se contraía y se apretaba con la idea o las palabras obscenas que la excitaban, estando tan cerca del orgasmo. Tomé nota mentalmente para recordar buscar en internet algunos juguetes con entrega urgente.

—Tócate el clítoris, amor. Quiero ver cómo te corres mientras tu hombre te folla los dos agujeros.

Bajó la mano ansiosa, quizá desesperada, por conseguir la estimulación final que necesitaba para alcanzar el clímax. La solté para que pudiera meter el brazo entre su cuerpo y el colchón. Supe el momento en que encontró su clítoris porque su coño y su culo me apretaron durísimo. Dos embestidas más tarde gritó, su cuerpo se tensó, ordeñándome, sacándome el simiente, como queriendo ser fecundada.

—Joder —dije, mirándola en su liberación, sintiéndola en mi polla y mi pulgar. Fue todo lo que necesité para entregarme al orgasmo más intenso de mi vida, hinchándome dentro de mi mujer, empujando hasta lo más hondo, llenándola de mi esencia, con un chorro espeso tras chorro. No había nada entre nosotros. Ningún preservativo. Nada que impidiera plantarle un bebé. Esa sola idea hizo que eyaculara todavía más dentro de ella. Nunca había estado con alguien sin preservativo. Nunca había imaginado hacerle un bebé a una mujer o reclamarla. Joder, procrear con ella. Pero a Lainey le daría todo.

—Tómalo, amor. Toma todo lo que tengo. Solo para ti.

El placer y la cantidad de simiente que bombeé dentro de Lainey Wilder eran infinitos, Lainey Rivers dentro de poco. Era imposible que no quedara embarazada.

8



LAINEY

MADRE MÍA. Había tenido sexo con Beau. Y no cualquier sexo, porque ya lo había hecho antes. Con Beau fue follar. Fue sexo puro, crudo, sucio, obsceno. Desinhibido. Desquiciado.

Nunca en mi vida imaginé que alguien jugaría con mi trasero así. Había mencionado que a las chicas malas se las follaba por atrás y me quedé pensando en si era realmente lo que haría conmigo porque pensaba que yo era una de esas. O tal vez, las palabras obscenas y los juegos pervertidos eran más íntimos entre nosotros dos y eso me permitía ser aún más desinhibida y darle rienda suelta a todas las fantasías, por oscuras que fueran, y cumplirlas. Beau quería explorarlas conmigo. Empujar mis límites. Empujarnos. Había tenido un adelanto. Que alguien me comiera el coño siempre había sido una fantasía, pero ¿por detrás? ¿Donde él podía ver, sentir y lamerlo *todo*?

Había quedado desplomada en la cama, con los huesos derretidos. Empapada de sudor, apenas podía respirar , y con cuidado, Beau se salió de mi cuerpo, dejándome núcleo *y* trasero doloridos. Sentí cómo su simiente se escurría de mí, pero estaba demasiado cansada para moverme. Sentí un beso en la nuca donde su mano me había inmovilizado y luego el aire fresco del aire acondicionado en mi piel sudorosa.

El sonido de un chorro de agua me indicó que Beau había entrado al baño. Regresó y yo siseé cuando me colocó un paño frío en el coño.

—Tranquila, amor. Yo me encargo.

Me limpió y luego me levantó para que pudiera apoyar la cabeza en la almohada. Luego se metió en la cama y me acurrucó junto a él de modo que quedé de lado con la cabeza apoyada en su hombro. Mi mano descansaba sobre su pecho duro, jugando distraídamente con el vello que lo cubría. Otro reguero de simiente se derramó desde mi interior dejándome los muslos pegajosos. Me pregunté por cuánto tiempo más saldría, si más tarde tendría una mancha húmeda en los vaqueros.

Antes de Beau, había tenido relaciones sexuales con un chico de la universidad que no conocía a mis hermanos. Solo sabía de mí que compartíamos residencia. Fue rápido, doloroso y tan torpe que lo sentí como si me hubiera desgarrado el himen. Absolutamente nada que ver con lo que acababa de pasar con Beau. Ahora sabía por qué se le daba tanta importancia al sexo cuando podía ser tan apasionante.

Nunca me había sentido tan conectada, tan en sintonía con otra persona. Y ni siquiera lo habíamos hecho cara a cara. Beau me había inmovilizado y maniobrado de la forma más deliciosa. Había sacado a relucir una parte de mí que nunca había compartido con nadie. Joder, que ni siquiera yo conocía.

—Descansa, Lainey. Lo vas a necesitar. Aún no he terminado contigo. Solo tengo que decidir cuánto más dolorida quedarás para la competición de más tarde. Si no puedes aguantarme, follaré esa boca deliciosa. Disfrutaré de esa dulce succión mientras te cuento cómo va a ir la noche, cómo te vas a mantener a salvo.

—Pero…

—Mi polla enterrada en tu garganta es la forma perfecta de evitar que discutas.

—Beau —dije, sintiendo mucho menos calor que antes, pero la idea de ponerme de rodillas ante él no solo me excitaba, hacía que mi núcleo se apretara derramando más de su espeso fluido—. Quizás deberíamos practicar ahora —añadí con audacia.

Él gruñó y luego tiró la sábana al suelo. Mientras se llevaba las manos detrás de la cabeza, me di cuenta de que me ofrecía el uso libre de su cuerpo. Completamente desinhibido y duro, me observaba.

Esperó.

Mi sugerencia había ido en serio y literalmente se dispuso a aceptarla. Me miraba con su mirada oscura permaneciendo en silencio, dejándome pensar en si mis palabras habían sido nada más que un atrevimiento sin ningún respaldo. No me sentía avergonzada con él. No hacía que fuera vergonzoso. Aunque había quedado muy claro que él estaba al mando, me dejaba hacer lo que quisiera. Solo le dije que quería darle una mamada y estuvo totalmente de acuerdo.

Me puse de rodillas, tomé su miembro con la mano, me incliné hacia adelante y me lo lleve a la boca. Cuando siseó enredando sus dedos suavemente en mi pelo mientras me elogiaba y degradaba por igual con sus palabras obscenas, sentí mi poder femenino.

Cuando dijo «tu boca fue hecha para chuparme la polla» y «estás insaciable por mi semen», fue porque yo lo estaba llevando al orgasmo. Yo. Lainey.

Nunca me había sentido tan poderosa ni tan apreciada.

9



BEAU

UNAS HORAS DESPUÉS, después de que mi chica succionara la fuerza vital de mi cuerpo con su boquita golosa, sonriéndome después de tragarse chorro tras chorro de mi simiente y limpiándose una gota perlada del labio, miré el reloj de la mesilla.

—Tengo que alistarme —dijo Lainey—. Debo buscar a Junior e ir al estadio.

Todavía estábamos en la cama porque acabábamos de despertarnos de una siesta. Lainey tenía la cabeza apoyada en mi hombro otra vez y yo le acariciaba el cabello largo y sedoso. Tenía una pierna echada sobre mi muslo y notaba cómo mi fluido seguía emanando de ella. Hubiese podido quedarme así para siempre, pero tenía razón. La vida real llamaba a la puerta.

—Está bien, pero primero tenemos que hablar de lo que pasa aquí, amor.

—¿Cómo?

—Me alegro de que mi polla te haya hecho olvidar las cosas.

Soltó una risa y luego me pellizcó el costado. Le habría dado una palmada en el culo por su descaro, pero me gustaba, en cierta medida, cuando estaba desnuda con el vientre y el coño desbordantes de mi esencia.

—Colt ha arrestado a Gil, el cabrón de anoche —dije.

Ella se movió ligeramente para poder inclinar la cabeza lo justo para mirarme.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Iba a hacerlo, pero viniste aquí y bueno… me distrajiste.

Sentí que se excitó al solo recordar lo que habíamos hecho. Su pierna, echada sobre mi muslo, se movió como si se retorciera con la evocación.

—Colt dijo que Gil cantó cual niña en pijamada del cole. Le pagaron para mantenerte ocupada y no te presentaras a la carrera de barriles.

Lainey se movió tratando de levantarse, pero no se lo permití. La atraje hacia mí para que quedáramos cara a cara. Su largo cabello me hacía cosquillas en los hombros. Una de mis manos estaba en su espalda baja, la otra acariciándole el trasero.

—¿Qué? ¿Le pagaron para que no…? Pero se llevó a tu hermana, no a mí.

Vi lo que quería evitar. El atisbo de miedo en su mirada.

—Os parecéis mucho. El mismo color de pelo, el mismo tamaño. Es un idiota y se llevó a la mujer equivocada. Sin embargo, tú sola apareciste en ese momento.

Los ojos se le abrieron cada vez más a medida que hablaba. Se humedeció los labios, lo que hizo que mi polla palpitara. Aunque la charla giraba sobre un idiota que había maltratado a mi mujer, ella me excitaba. Tenía la sensación de que la única forma de que Lainey Wilder no me encendiera era estando muerto.

—Tienes razón, pero ¿para qué alguien querría que no asistiera al torneo? ¡Es una locura! No son los Juegos Olímpicos. ¡Es la feria del condado!

Alcé la mano y le acaricié el cabello.

—Ni idea. Es obvio que ese alguien no quería que compitieras.

Se quedó quieta ante esa posibilidad. No era una opción que hubiera considerado antes.

—No le caigo bien a ese alguien.

Fue directo al grano. A alguien no le caía bien y estaba molestándola. Bajó la mirada hacia mi pecho.

—Oye. —Le levanté la cara para que sus ojos volvieran a encontrarse con los míos—. No voy a permitir que te pase nada. ¿Recuerdas a esos ocho hermanos mandones de los que te quejabas porque son tan sobreprotectores?

Asintió levemente con la cabeza.

—Ellos también te cuidarán. Llegaremos al fondo del asunto.

—¿Y nosotros?

Fruncí el ceño.

—¿Qué pasa con nosotros?

—Cuando se aclare todo y termine el rodeo…

No finalizó la frase. La giré para que quedara boca arriba y me cerní sobre ella. Movió las piernas y yo me acomodé entre ellas.

—¿Crees que me voy a ir cuando se acabe el rodeo?

Desvió la mirada y se encogió ligeramente de hombros.

—Tú no vives en Foso del Diablo. De hecho, ni siquiera sé dónde vives.

—Mírame, cariño —le dije en voz baja. Le costó un momento, pero lo hizo—. ¿De dónde viene esto? Después de lo que acabamos de hacer… —Moví las caderas, deslizando mi polla, otra vez dura, entre sus húmedos pliegues. Sabía que era su excitación, pero también mi esencia—. …deberías saberlo.

—Mi último novio…

—No me lo nombres cuando estés desnuda debajo de mí, con el coño dolorido por mi polla.

Tragó saliva.

—Me dejó. Se fue sin más. Nunca volví a saber nada de él.

Yo sabía la razón y no iba a compartirla. Sabía por qué los hermanos Wilder la mantenían en secreto, pero veía esa situación desde la perspectiva de Lainey: el novio que la había abandonado, aunque ella no supiera que había sido mejor así. No querría en su vida a un tipo infiel y ella le habría dado un rodillazo en los testículos

o un puñetazo en la cara, sin duda. Sin embargo, los hermanos no le habían dado la oportunidad de saber que no había hecho nada malo. De hecho, tanta sobreprotección la había llevado a dudar de sí misma. Habían minado su propia confianza, lo cual no me gustaba nada.

—Yo no soy ese —le dije—. Ni ningún otro. Me quedaré contigo, cariño, y harán falta palabras, tiempo y un montón de orgasmos para demostrarte que no voy a irme a ninguna parte.

Lainey se mordió el labio y sonrió.

—Me gusta la parte de los orgasmos.

Yo también sonreí.

—Pensé que te gustaría. —Lentamente, bajé por su cuerpo, besándola desde cada pezón hacia el paraíso que había debajo—. ¿Qué me dices si te corres en mi cara una vez más antes de ir a buscar a Junior e irnos al estadio?

Con mi boca en su sexo, saboreando nuestros jugos combinados, no respondió, solo gimió mi nombre.

10



LAINEY

NUNCA ME PONÍA nerviosa antes de competir. Normalmente no. Me encantaba montar a caballo. Ir a toda velocidad. A Junior también le fascinaba. Mi padre me había sentado en una silla de montar cuando alcancé una edad suficiente para caminar. Joder, tal vez antes.

Con varios hermanos mayores, intentaba seguirles el ritmo en todo, y también al lomo de un caballo. Ninguno de nosotros era imprudente con los animales, por su seguridad y la nuestra. Cam era veterinario; Trig campeón de rodeo, pero yo fui quien se aficionó profundamente por los caballos.

Competí por primera vez a los cinco años, en la categoría infantil, mientras mi padre sujetaba la rienda y dábamos vueltas al circuito de carreras de barriles. Cuando tenía ocho años, mi padre se sentaba en las gradas y ya competía sola. Él me había enseñado que la competición debía ser divertida, nada más. Si no había diversión,

era hora de dejar la silla de montar, porque significaba que no cuidaba de mi caballo como debía.

Yo quería ganar. Cada vez que me encontraba en la zona de salida, quería dar lo mejor de mí. Si bien obtenía mis ingresos por al rancho familiar —ganado, alquiler de campos para agricultura, cría de caballos—, el dinero de los premios incrementaba mi cuenta bancaria. Claramente no se comparaba con la cantidad que ganaba Trig por montar toros, pero el triunfo me daba satisfacciones, especialmente con tantos hermanos a los que apenas podía seguirles el ritmo, y mucho menos competir con ellos.

Las carreras de barriles eran una prueba femenina, así que, por supuesto, ellos tampoco podían competir conmigo. Yo era muy buena, más rápida en la silla, escuchando y sintiendo mejor al caballo debajo de mí. La única persona que se me acercaba en esa conexión con el animal era mi mejor amiga, Katie, que no competía, pero se dedicaba a los caballos y era conocida en el pueblo como la «domadora».

No sería un problema para mí estar distraída antes de la prueba nocturna. No me afectaba el rugido de la multitud que provenía de las gradas, ni el locutor que resonaba por los altavoces alrededor de las zonas de preparación, ni los demás competidores, los toros, las ovejas, los niños, el olor a palomitas y estiércol. Nada de eso. Me distraía pensando en Beau, en mi sexo dolorido, porque tal y como él predijo, lo sentiría cuando montara. Sin duda era un amante vigoroso, y había estimulado mi cuerpo como si supiera *exactamente* lo que necesitaba, incluso mejor que yo. También me dolía un poco el trasero.

—¿Estás bien, mi cielo?

La pregunta de mi padre me sonrojó al pillarme pensando en el pulgar de Beau en mi culo. Mi padre, a mi lado, me llamaba por el cariñoso apodo que había usado conmigo toda mi vida. Le dediqué una sonrisa sincera. Me limpié las manos en los vaqueros.

—Sí, estoy bien.

Estaba más que bien, extremadamente bien. Tenía a un hombre que me deseaba y me había dicho que era suya. También se lo había

declarado a mis hermanos y no había muerto por ello. Me había dado montones de orgasmos, me había azotado el culo y…

—Siempre me ha gustado este rodeo porque todos podemos verte competir —dijo papá.

Yo me limitaba a las pruebas en Montana, pero el estado era enorme y significaba que no todos los miembros de la familia acudían a todas las carreras. Sin embargo, esta noche, toda mi gente estaba presente. Mi mamá, Trig con Ellie, Cam, Bray con Katie, Hayes, Buck, Shep y Zeb ocupaban toda una fila de gradas. Colt y Molly trabajaban respectivamente en la seguridad y atención medica del espectáculo y no estaban en la tribuna con los demás.

Mi papá se había quedado conmigo en la parte trasera donde estaban todos los remolques de caballos. Solo nosotros dos, porque era ridículo que toda mi gran familia se aglomerara aquí, pues no había espacio para todos. Esperábamos aquí porque sabíamos que primero venía la competencia infantil de montar el lomo de ovejas. Siempre era divertido ver a los niños.

¿No había sido apenas la noche anterior cuando Beau me rescató de este mismo lugar de ese imbécil de Gil? Esta noche yo había aparcado en un sitio diferente, más cerca de la arena, y con gente merodeando, ya fuera porque habían competido o porque esperaban su turno, al igual que yo. Y mi papá estaba conmigo.

Había convertido la parte trasera del remolque en una rampa y acababa de colocarle la silla de montar a Junior. Aunque era de noche, el espacio estaba iluminado. El aire era cálido. Había un poco de lodo porque hubo una tormenta pasajera por la tarde .

—Me alegra que estemos todos aquí —le dije a papá.

—Me parece que ahora hay alguien más —dijo él, mirándome con astucia paternal. A punto de cumplir sesenta años, era tan alto como sus hijos. Su edad solo se delataba por su cabello canoso y las arrugas en su rostro. Aun con mi cabello rubio y la contextura pequeña de mi madre, yo era la más parecida a él, y como era su única hija, siempre había sido más protector conmigo que con mis hermanos, pero de una forma menos brutal y autoritaria.

Asentí con la cabeza.

—Sí. —No iba a evadirlo ni hacerme la tonta. Menos con mi padre.

—Beau parece un hombre bien plantado —comentó.

Aparté la mirada y me encogí de hombros.

—Me gusta mucho —admití sintiendo que se me ruborizaban las mejillas. De hecho, a todo mi cuerpo le gustaba mucho.

Papá se rio y me hizo levantar la vista hacia él.

—Está bien, porque creo que tú también le gustas mucho. Hemos conversado a solas antes y me dijo que se va a casar contigo.

Me quedé boquiabierta. Junior me dio un empujoncito en el hombro con el hocico y, distraídamente, levanté la mano para acariciarlo.

—¿Que qué?

—Me lo ha dicho, no preguntado.

Cerré los ojos y negué con la cabeza.

—Sí, suena muy propio de él.

—Mírame, mi cielo.

Abrí los ojos y lo miré. Junior relinchó moviendo las patas traseras, haciendo crujir el heno bajo sus cascos.

—He estado esperando que apareciera el hombre adecuado para ti. Ningún hombre debería pedirme tu mano. Tiene que pedírtela a ti.

—Mis hermanos desaprueban eso —murmuré—. Y no me lo ha pedido a mí.

—Bueno, solo ha pasado poco tiempo. Dale un día o dos más.

Mis ojos se abrieron de par en par y me eché a reír. A él se le arrugaron las comisuras de los ojos con humor.

—Vale, papá. Le daré un par de días más.

Papá miró su reloj.

—Te quedan unos cuantos minutos.

—Voy deprisa al baño —le dije.

Era mi rutina habitual y él lo sabía. No estaba nerviosa, pero me gustaba alejarme un momento de toda aquella locura. Me miraba al espejo, uno antiguo y agrietado, y me daba ánimos.

Papá le dio una palmadita en la cabeza a Junior, luego se agachó bajo su rienda y fue a revisar mi silla de montar una vez más mientras yo me apartaba. Cuando salí del baño, dos minutos más tarde, encontré a Beau apoyado contra la pared con el sombrero Stetson en la cabeza y el número de competidor pegado a su chaleco protector, esperándome.

Dios, era guapísimo. Y por la forma en que me miraba, con intensidad y de arriba abajo, me hacía sentir que era suya.

—Hola, mi amor.

Sonreí tomando la mano que me ofrecía. Me acercó hacia él, se inclinó y me besó de un modo ridículamente casto, en comparación con lo que habíamos hecho más temprano en su habitación de hotel.

—Te voy a llevar con tu padre y Junior.

Conocía mi rutina, y nos había dado a mi padre y a mí el tiempo que siempre compartíamos antes de los torneos. Apreciaba esa dulzura, y que siendo tan posesivo, estuviese dispuesto a compartirme con mis seres queridos.

—Después te voy a mirar desde las rampas pensando en cómo voy a follarte más tarde.

Caminamos con los dedos entrelazados de vuelta al remolque.

—Me gustaría eso, y he estado pensando en…

Mis palabras se desvanecieron cuando doblamos la esquina y encontramos a Junior con los ojos desorbitados y nervioso, tirando de sus riendas, y a mi padre inconsciente en el suelo.

—¡Papá!

11



BEAU

ME QUEDÉ al lado de Colt, Molly, Trig y Ellie observando cómo la ambulancia se alejaba de camino al hospital. Lainey iba junto a su padre, que no había recuperado la conciencia.

Molly se quitó los guantes de goma y los arrugó en el puño. Colt hablaba por el móvil caminando en círculos. Cam, en la parte trasera del remolque, atendía a Junior. Trig tenía a Ellie acurrucada bajo el brazo.

Me pasé la mano por el pelo. Mi padre había sido un holgazán, un alcohólico abusivo que se comportó como si hubiera sido solo un donante de esperma. Afortunadamente —según como se lo viera— en su insatisfacción, se sintió demasiado atado a un bebé y una esposa y nos abandonó. No había duda de que mi madre lo había pasado fatal teniendo que trabajar para criarme ella sola. Sin embargo, si alguna vez me topaba con ese patán, le invitaría una cerveza y le daría las gracias por marcharse y abandonarnos porque

estuvimos mejor sin él. Mi madre lo demostró cuando, años más tarde, encontró a Hank y se casó con ese buen hombre. Un hombre sólido, protector, cariñoso, como el señor Wilder.

—Exacto. Sí. —Colt terminó su llamada y se volvió hacia nosotros. Finalmente, la multitud que se había concentrado a nuestro alrededor se había disipado—. Los demás van con mamá al hospital.

—No puedo creer que Junior haya pateado a papá así —dijo Trig, echándose atrás el sombrero—. Siempre ha sido tan…

—Junior fue dopado —dijo Cam, bajando de la rampa metálica.

Todos nos quedamos pasmados, mirándolo.

—¿Qué? —preguntó Trig, finalmente.

Cam asintió. Era veterinario y tenía una clínica en el pueblo.

—No cabe duda. De repente se puso agresivo. Sudaba. Estaba agitado. —Levantó un frasco lleno de sangre—. Lo llevaré para estudiarlo. Aunque no sé si servirá de algo.

—¿Por qué? —preguntó Colt con su voz de policía.

—Porque se suelen mezclar varias drogas, por lo que no se puede identificar exactamente con qué se ha dopado al animal.

—¿Junior se pondrá bien? —preguntó Ellie, metiéndose un mechón de cabello oscuro detrás de la oreja.

Cam la miró.

—Creo que sí. Lo único positivo de todo esto es que impidió que Lainey compitiera. Con esas drogas, es probable que Junior no sintiera dolor.

—Eso es bueno, ¿no? —preguntó Molly. Ella era atendía personas, no animales.

Cam negó con la cabeza.

—No. Junior se habría esforzado demasiado, incluso en una carrera tan corta, y podría haberlo matado.

Ellie soltó un grito ahogado.

Me enfurecí al imaginar a mi chica montada en un caballo moribundo. Un caballo que corriese a toda velocidad en una carrera de barriles. Esto no era una maldita doma clásica. Ir tan rápido y que Junior se desplomara pudo haber matado también a Lainey…

—¿Y los otros caballos? ¿Los otros competidores? —pregunté.

Cam miró hacia la pista. El bullicio del público se atenuaba en la lejanía, pero parecía que todo el mundo se lo pasaba bien.

—Probablemente sea demasiado tarde. Estoy seguro de que el espectáculo ya terminó. Pero puedo ir y averiguarlo.

—¿Para qué alguien drogaría al caballo de Lainey? —Ellie miró a Trig.

Él le acarició el pelo con la mano.

—No querían que compitiera.

—O querían que se lesionara —añadió Colt.

—Voy al hospital —dije, dirigiéndome de vuelta a la pista para luego llegar a mi camioneta. A Lainey.

—¡Tienes que competir, Beau! —gritó Trig.

Me detuve y me giré.

—Que les den. Mi chica iba a montar un caballo dopado. Voy a ir a verla.

Trig negó con la cabeza.

—Papá hubiese querido que compitas. Lainey también, sin duda.

Volví y me paré frente a mi mejor amigo.

—¿Quieres que compita… *ahora*?

—Aguanta esos ocho segundos, gana el premio y luego ve a cuidar de tu chica.

Colt asintió.

—Trig tiene razón. Los Wilder no se rinden ante los malos. Y después le compras a nuestra hermana un gran anillo de diamantes.

Resoplé por la estupidez del comentario.

—Sí, un grandioso anillo de diamantes es justo lo que Lainey querría.

Colt, desconcertado, se rascó la nuca; Trig solo sonrió. Dejando a un lado el anillo de diamantes, capté la alusión: ya formaba parte de la familia Wilder. Más me valía ponerle un anillo en el dedo a su hermana cuanto antes.

—Vale. Lo dices en serio —dije.

—Ve. Lainey está bien. Gánate una gran hebilla de cinturón. Estoy cansado de que envidies la mía —dijo Trig.

Gruñí y me ajusté el sombrero, sin entusiasmo por la idea de seguir lejos de mi chica.

—Vale —murmuré—. Ocho segundos y me voy de aquí.

Colt me dio una palmada en el hombro al pasar.

—No te preocupes. Voy a encontrar al maldito que hizo esto.

Quizás era bueno que tuviera que montarme a lomos de un toro. Tenía problemas de ira que debía resolver antes de volver a ver a Lainey.

Tras noventa largos minutos de ansiedad y furia, entre la espera para que comenzara el torneo, mi turno de monta y ganar el campeonato, llegué a urgencias y busqué con la mirada a los Wilder en la sala. No fue difícil localizarlos. Solo había una persona más leyendo un libro en silencio. La señora Wilder estaba sentada con mi chica a su lado tomada de la mano. Flanqueándolas, como un grupo de vaqueros o futbolistas, algunos de los hermanos Wilder las protegían por ambos lados. Zeb, Shep, Hayes, Buck y Bray con Katie en su regazo.

Alzaron la vista cuando llegué y Lainey saltó de su asiento para lanzarse a mis brazos. Recordaría toda mi vida la mirada de alivio y felicidad en su rostro al verme. Estaba con su familia, que era muy unida, pero la dejó para correr a mí.

A mí.

La abracé con fuerza disfrutando de la tierna sensación de tenerla en mis brazos, el único lugar donde sabía que ella estaba realmente a salvo, y le di un beso en la cabeza.

—¿Cómo te fue? —me preguntó.

—Gané. —El triunfo me sentaba bien, pero no era importante dadas las circunstancias. Como me casaría con Lainey, con o sin dineral por premio, pasé al tema crucial, su padre—. ¿Sabéis algo? —le susurré, levantándole la barbilla para poder mirarla a los ojos. Vi su miedo, su dolor, y esperaba poder aliviarla un poco.

—Le están haciendo estudios.

Asentí con la cabeza.

A menos que Trig, Cam o Colt enviaran un mensaje, aquí nadie sabía que Junior fue drogado, ni que el señor Wilder podía haber resultado herido por algo, o alguien, más allá del caballo. No iba a

decírselo. No era asunto mío. Además no tenía ninguna información nueva. No iba a soltar una bomba así sin respuestas que la respaldaran.

—¿Familia Wilder? —llamó una médica.

La señora Wilder levantó la cabeza y se puso de pie rápidamente, seguida por los hermanos de Lainey. La madre le sujetó la mano a Buck mientras la médica se acercaba. Era una mujer de unos cincuenta años que vestía un mono azul, una bata blanca de médico y traía un estetoscopio colgado al cuello. No tenía el ceño fruncido, lo cual tomé como una buena señal.

—Nora —dijo la señora Wilder. Por supuesto, ella conocía personalmente a la doctora.

La señora Wilder parecía tener unas agallas de acero, pues su fortaleza había sido puesta a prueba al tener ocho hijos varones y una hija rebelde. Pero su marido había resultado herido y yo tenía la sensación de que parte de su fortaleza provenía de él.

—Tiene inflamación en el cerebro —dijo la doctora.

—Dios mío —susurró la señora Wilder, y Buck le pasó un brazo por los hombros.

—Le hemos inducido un coma para darle tiempo a su cuerpo de reducir la inflamación. Aunque suena grave, no tenemos motivos para creer que haya un problema subyacente. Ya conocéis a Charlie, si no lo hubiéramos sedado, no hubiese guardado el reposo en cama necesario para curarse.

Eso hizo sonreír a la señora Wilder, aunque fuera una sonrisa trémula.

—El daño es por un golpe fuerte en la parte posterior de la cabeza. —La médica le tocó un punto detrás de la oreja derecha—. Como el que usted ha sufrido en la zona frontal la semana pasada.

La señora Wilder se tocó la frente donde la había golpeado nada menos que una lata de judías que le lanzó la loca que acosaba a Bray.

—No ofrecemos tarjetas de descuentos dos por uno, ya lo sabe —dijo con humor Nora, cuyo apellido desconocía, mirando a todos los hermanos. Los chicos sonrieron un poco tímidos—. No hay riesgo de infarto, derrame cerebral ni nada por el estilo. Cuando está

consciente, tiene el carácter de una mula testaruda, así que no es de extrañar. Parece que el caballo también le pisó el muslo —continuó —. Tendrá un gran hematoma por un tiempo, pero no hay nada roto. Teniendo en cuenta todas las circunstancias, está estable. En breve, lo trasladaremos a la UCI y lo mantendremos sedado durante al menos veinticuatro horas, pero dentro de poco volverá a llevar la batuta.

—Querrás decir que mamá le dejará creer que él la lleva —replicó Lainey.

Buck abrazó a su madre.

—Os llevaré a verlo —dijo la médica.

Buck soltó a su madre; Nora la cogió del brazo y la condujo hacia las puertas cerradas que separaban la sala de urgencias de la sala de espera. Apoyó su tarjeta de identificación y las puertas se abrieron. Miró hacia atrás.

—Vendréis todos por un ratito. Vamos.

En grupo, seguimos a la médica hasta una de las salas de urgencias. Una de las paredes era toda de cristal con una puerta corredera que estaba abierta. Había una fea cortina azul claro que ofrecía un poco de privacidad. El olor a jabón antibacteriano impregnaba el aire. Aparte del sonido de las máquinas, todo estaba en silencio.

Allí, conectado a todo tipo de cables, tubos y máquinas, estaba el señor Wilder. Su sombrero Stetson yacía apoyado en una silla a su lado. La señora Wilder se acercó a él, se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Los hermanos Wilder se dispersaron alrededor de la cama. Lainey se quedó conmigo, contenida en mis brazos, a los pies de la cama. Le di un beso en la cabeza. Nada más me imaginaba cómo se sentía ver a su padre en ese estado y esperaba con todas mis fuerzas que Colt averiguara qué demonios había pasado.

12



LAINEY

BEAU no se apartó de mi lado desde que llegó al hospital. Tampoco se alejó cuando nos dejaron ver a papá durante unos minutos, ni más tarde esa noche cuando fuimos a la clínica veterinaria de Cam. Cam había llevado a Junior allí desde la arena para que le controlaran los efectos del cóctel de drogas. Después Beau me llevó a casa, ya que me había ido en la ambulancia con papá. También se quedó conmigo en la ducha y en mi cama. A la mañana siguiente, me llevó de vuelta al hospital para visitar a mi padre, que seguía sedado.

Habían instalado un sillón reclinable en la habitación de papá para mi madre porque, a pesar de que estaba en la UCI, recibía muchas visitas. Seguramente el personal del hospital deseaba que papá se recuperara pronto para que la zona volviera a la normalidad.

En ese momento, apretujados en la pequeña habitación, la cama de papá estaba rodeada por mamá, Colt, Molly con su bata y

gorro de médica, Bray, Katie, Ellie, Trig y una enfermera que no reconocí y manipulaba una máquina en un rincón. En una mesa con rueditas había un plato de galletas con el papel aluminio levantado, un pequeño ramo de flores y un termo que olía a café.

Cuando vi que papá seguía inconsciente se me llenaron los ojos de lágrimas. Sabía que era temporal y que le daban tiempo a su cerebro para que se recuperara, pero yo no era tan paciente. Quería escucharlo llamarme «mi cielo» y que me diera un abrazo.

Miré a Colt.

—¿Alguna novedad? —Aparte de sobrellevar el hecho de tener a papá herido y en coma, encima él tenía que atrapar al maldito criminal. Cuando me fui del rodeo con papá en la ambulancia, jamás imaginé que alguien había atentado contra él y Junior. Sin embargo, tenía sentido. Junior, aunque ansioso por correr, era manso. Y papá estaba lejos de la vejez o tener una enfermedad.

—Cuando se despierte, le pediremos que nos cuente qué ha pasado —dijo Colt, inclinando la cabeza hacia papá.

Colt vestía el uniforme completo, que en su caso consistía en una impecable camisa marrón claro con una estrella prendida al pecho, un cinturón con radio y pistola, vaqueros, botas de cuero resistentes y su sombrero Stetson blanco. Tenía el pelo revuelto; los ojos inyectados en sangre. Parecía que no había dormido mucho y se mantenía en pie gracias a la cafeína y la determinación.

—Cam me envió un mensaje. Me dijo que Junior se pondrá bien —anuncié al grupo. Al menos tenía algo positivo que compartir. Un paso en la dirección correcta—. Más tarde iré por él y la caravana a la clínica. Y Buck se está encargando de las tareas del rancho.

—No sabemos por qué razón alguien haría esto —dijo mamá. Normalmente siempre estaba serena, imperturbable. Ocho hijos varones le habían enseñado a manejar las situaciones más difíciles con impresionante calma. Pero tenía el pelo revuelto por un lado como si hubiera dormido sobre él y se veía tan cansada como Colt.

—Yo sí lo sé —dijo una voz temblorosa que llegó desde atrás de nosotros.

Todos nos volvimos hacia la mujer que estaba en la puerta y acababa de admitir que sabía la verdad.

—¿Taylor? —dijo Katie alejándose de Bray. Caminó hacia ella, obligando a Trig y Ellie a retroceder.

Era Taylor Reeves, una compañera de carreras de barriles con un futuro prometedor. Muy buena, pero aún no estaba tan sincronizada con su caballo como podría estarlo. Tenía poco más de veinte años y muchos por delante para seguir en el circuito. Sabía que participaba en rodeos y torneos fuera de Montana a los que yo nunca asistía.

Era más cercana a la edad de Shep. Tenía el cabello pelirrojo recogido en una coleta suelta; la cara manchada como si hubiera estado llorando. Literalmente temblaba dentro de sus botas de vaquera. Vestía vaqueros y una camisa rosa pálido abotonada. Siempre que la veía estaba radiante, alegre y sonriente.

Ahora no lo estaba.

—¡Katie, lo siento mucho! —Cuando Taylor empezó a llorar, Katie la abrazó y nos miró por encima del hombro totalmente confundida.

—No pasa nada. Respira hondo. Cuéntanos qué pasa —le dijo.

Colt entrecerró los ojos y se llevó las manos a las caderas, por encima del cinturón. No creía que fuera a dispararle a Taylor, que parecía amiga de Katie. No sabía que fueran tan íntimas. Katie era callada, una chica tímida y muy tranquila, tanto que le gustaba quedarse en casa y leer en su tiempo libre.

Ellie cogió una servilleta de la mesa con rueditas y se la dio a Taylor.

—Aquí tienes. —Katie le puso la servilleta en la mano—. Límpiate la cara y luego cuéntanoslo todo.

Taylor tardó otro minuto en calmarse, dejar de llorar, secarse los ojos y la nariz. Cuando miró a papá, me pareció que estuvo a punto de volver a romper en llanto.

—Fue Rod. Él lo hizo.

Colt se abrió paso entre nosotros para acercarse a ella. Mamá se sentó en el borde de la cama junto a papá y le cogió la mano, a pesar de que no estaba despierto. Beau me atrajo hacia su pecho y me rodeó con un brazo.

—¿Rod? —preguntó Katie frunciendo el ceño, confundida—. Espera. ¿Tu novio?

—Ex. *Muy* ex —aclaró Taylor con una mueca.

—Katie, ¿no nos vas a presentar? —insistió Colt.

Katie se giró y miró a Colt, con su larga trenza deslizándose por el hombro.

—Sí. Claro. Ella es Taylor Reeves. Su familia vive enfrente de mi…

—Reeves. Claro. Conozco el rancho Reeves —dijo Colt.

—Tu madre ganaba el concurso de chili todos los años —añadió mamá.

Eso hizo sonreír a Taylor, aunque solo fuera un poco. Asintió con la cabeza:

—Es cierto. Se me había olvidado.

—Taylor trabajó para mí en el establo por unos dos años, pero luego tuve que recortar gastos y despedirla… —dijo Katie.

—¿Quién es Rod? —preguntó Colt, interrumpiendo a Katie.

—Colt, no seas grosero y no interrumpas —le regañó mamá con suavidad.

Colt miró por encima del hombro.

—Mamá, Taylor vino aquí a decirnos que este tal Rod es quien atacó a papá. Quiero saber quién es ahora mismo.

Yo también quería.

Mamá frunció los labios y asintió.

—No pasa nada, Colt. Lo entiendo —dijo Katie, y luego le pasó un brazo por los hombros a Taylor. Era obvio que la apreciaba y había una amistad entre ellas.

—Rod Severs —explicó Taylor—. Él quería que yo ganara la competición de carreras de barriles, y Lainey, pues, tú eres muy buena. —La mirada que me dirigió fue en parte de admiración y vergüenza—. Eres la única que se interponía en mi camino. Nunca seré tan buena como tú, pero él tenía el ojo puesto en ese premio sin importarle las consecuencias.

Colt bajó la barbilla.

—¿Estás diciendo que *él* drogó al caballo de Lainey?

Taylor volvió a mirarme y asintió con la cabeza.

—Y golpeó al señor Wilder en la cabeza dado que él estaba allí.

Colt me miró:

—Quiso evitar que compitieras la noche previa, te habrían descalificado, y no funcionó.

Taylor asintió.

—Creo que es exactamente lo que pasó. Se pasó de la raya.

—¿Hizo que su amigo Gil mantuviera ocupada a Lainey la noche anterior? —le preguntó Beau. Apretó su brazo alrededor de mi cintura como si intentara evitar que alguien me alejara de él. Como si Gil estuviera allí, en la habitación del hospital.

Los ojos de Taylor se llenaron de miedo y ella se volvió directamente hacia Katie.

—Dios, conozco a Gil. Es asqueroso. Rod no dijo quién, pero tiene sentido. No sabía nada de eso, lo juro. Nunca querría hacerle daño a un caballo, y Lainey también pudo haber resultado herida.

Por no hablar de que papá recibió una paliza.

—¿Cómo es que no sabías nada si eras su novia? —preguntó Colt.

—Lo era. Ha quedado absolutamente en el pasado. Lo dejé cuando todo salió a la luz anoche. —Taylor bajó la mirada hacia sus pies—. Creí que era bueno… Decía todas las cosas correctas. Nos conocimos en mayo, cuando consiguió trabajo aquí en el pueblo después de terminar el semestre. De hecho, me trató muy bien por un tiempo hasta que ya no.

Colt gruñó levemente.

—¿Llegó a hacerte daño?

Ella negó lentamente con la cabeza, pero seguía sin mirarlo a los ojos. Se secó la cara, probablemente otra lágrima. En general, había hombres que podían ser malvados y ella había creído en uno que no debía. Quizás hasta le había entregado su corazón a ese maldito.

—No. No físicamente. Pero cuando se enteró del premio en dinero que se ganaba en la carrera de barriles… me amenazó. Dijo que tenía que ganar. —Tragó saliva con fuerza—. No pensé que significara hacerles daño a otros, como secuestrar a Lainey o mandar al señor Wilder al hospital. Y a Junior.

Levantó la barbilla, se volvió hacia mi padre y se acercó a los pies de su cama. Observó lo que su ex le había hecho, notó los pitidos de las máquinas.

—Señora Wilder… Lo siento mucho por lo que le ha pasado a su marido por mi culpa. Aunque no puedo curarlo, puedo ir a su rancho y trabajar para pagar la factura del hospital, aunque probablemente me llevará mucho tiempo. Katie sabe que se me dan bien los caballos y que soy guía turística en Wild Wild Wilderness, así que sé cómo funciona un rancho.

Mamá le dedicó una sonrisa amable, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Cariño, no quiero ni oír hablar de eso. Por lo que parece, tú también has sido víctima en todo esto. Ven a casa a cenar cuando Charlie regrese. Trae a tu padre. ¿Cómo está él?

Ella se encogió de hombros con indiferencia.

—Está bien…

—¿Tienes la receta del chili de tu madre?

Solo veía la nuca de Taylor, pero por su silencio, parecía que mamá la había dejado sin palabras.

—Eh, quizás esté en algún cajón de la cocina.

Ella asintió.

—Entonces, cuando el señor Wilder esté en casa, traerás la receta y prepararemos una gran cacerola juntas.

Mamá era demasiado buena. ¿Cómo podía invitarla a cenar con nosotros cuando tenía a su marido de más de treinta años herido por su culpa, aunque fuera de forma indirecta?

—Mamá, quizás tú quieras esa cacerola de chili —intervino Colt, con una voz que no era tan amable como la de mamá—. Pero yo no.

Taylor se dio la vuelta. Juntó las manos y empezó a retorcerlas. Nos miró a Katie y a mí.

—Juro que no lo sabía hasta anoche.

—¿Qué pasó anoche? —preguntó Colt.

—Estaba en la zona de preparación cuando anunciaron que Lainey se había retirado. No le di importancia, solo me entró curiosidad del por qué. Después de competir y ganar, Rod se acercó, me giró y cogió el dinero que me dieron los organizadores y lo agitó

en el aire. Estaba tan contento que me sentí bien. Pensé que estaba orgulloso de mí. —Hizo una pausa y luego frunció el ceño—. Yo no le importaba, estaba contento con el dinero fácil, como él mismo dijo, y se lo guardó en el bolsillo. Dijo que su plan había funcionado. Le pregunté qué quería decir y….

Se cubrió la cara con la mano durante un momento, luego miró a Colt.

—¿Saliste alguna vez con alguien que resultó una mala elección?

Colt frunció los labios, luego asintió.

Yo también podía identificarme con eso. Antes de Beau, mi ex me había abandonado sin siquiera despedirse. Nunca supe por qué Chris había sido tan mierda, pero Taylor sabía por qué lo había sido el suyo. No sabía qué era peor.

—Bueno, es fácil verlo en retrospectiva, o como sea. Al principio solo eran comentarios crueles. Me decía cosas hirientes. Me hacía sentir mal. Me decía que debería enfadarme porque todo el mundo me quitaba lo que me pertenecía: mi trabajo, mi primer lugar, todo. Era como si dijera que tenía derecho a eso en lugar de ganármelo, que había formas más fáciles de conseguir lo que me merecía. No estoy de acuerdo.

Katie le dio una palmada en el hombro.

—No merezco ganar —continuó—. Quiero ganarle a Lainey por ser la mejor, no porque haga trampa. Algún día tal vez lo logre.

Le sonreí.

—Lo harás. Pero tu ex necesita un puñetazo en la garganta.

Colt casi me fulminó con la mirada por la interrupción.

Taylor sonrió.

—¿En serio? Katie, me fue bien después de trabajar en tus establos. Tengo el trabajo de guía y además un empleo en la agropecuaria. Solo espero encontrar a un chico que me trate bien, porque ahora tengo más conocimiento. Estoy harta de los perdedores.

Colt era mi hermano más serio. Yo siempre me preguntaba qué estaría pensando él. Como alguacil, tenía que separar sus emociones

de la ley. Me parecía bastante difícil con esto de Taylor. Me daba mucha pena.

—¿Algo más? —insistió él.

Taylor suspiró.

—Le pregunté a Rod qué quiso decir con «su plan». Era sencillo. Utilizarme para conseguir el premio. Si funcionaba aquí, en Foso del Diablo, apartándote a ti del camino, Lainey, sería más fácil en los rodeos fuera del estado en los que tú no compites.

Menudo cabrón.

—El premio es tuyo, Taylor. Tú lo has ganado —dijo Katie.

Ella negó con la cabeza.

—Se llevó los tres mil dólares. Dijo que se compraría una tele nueva y un kit de elevación para su camioneta.

Vaya idiota.

—Además, no lo gané limpiamente. No me sentiría bien gastando dinero que no gané.

—¿Él no se gana su propio dinero? —preguntó Colt.

Taylor asintió.

—Sí. Pero el lugar donde trabaja lo ha cambiado para peor. —Hizo una pausa—. No, no es cierto. Se hizo amigo en la universidad del que vive allí. Él le consiguió un trabajo de verano como peón en su rancho, pero no sé bien cuánto trabaja realmente. Cree que todo se lo deben poner fácil.

—¿Dónde? —preguntó Colt.

—En el rancho Two Rivers.

Colt maldijo en voz baja. Trig, en voz alta.

—¿Qué? —preguntó Beau—. ¿Qué tiene de especial ese lugar?

—Es el rancho de Conrad Trout —le respondió Colt.

Eso explicaba por qué era tan patán. Era como si las aguas de por allá estuviesen contaminadas.

—A ver —dije, levantando la mano—. ¿Es amigo del hijo de Conrad Trout?

Taylor frunció el ceño.

—Sí.

Colt señaló hacia la puerta:

—Es hora de ir a visitar a esa familia.

Trig asintió.

—Vamos.

—Yo también voy —dijo Beau con voz firme y maliciosa. Me puso las manos en los hombros y me giró. Inclinó la cabeza hacia abajo—. ¿Estás bien para llevar a tu madre a casa?

Asentí, porque sabía que decirle que quería ir con ellos para localizar al maldito que había drogado a mi caballo y atacado a mi padre no serviría de nada. Beau no me lo permitiría. Trig y Colt tampoco. Papá menos, si estuviera consciente. Sería vergonzoso para mí. Me sentiría como una cría, como cada vez que mis hermanos me excluían cuando creían que no debía o no podía hacer algo.

Nunca me preguntaban. Solo me daban órdenes. Los tontos creían que sabían más que nadie. Además, tenía a Beau sumándose a la muralla protectora. Entonces me mordí el labio aceptándolo de momento.

—Nosotros llevaremos a Taylor a la comisaría para que declare —le propuso Bray a Colt—. Ve a por él, Colt.

Beau me levantó la barbilla, me miró con sus ojos oscuros y me dio un beso.

—Más de estos más tarde.

Luego se marchó, siguiendo a Trig y Colt por la puerta.

13



BEAU

HABÍA CONSEGUIDO convencer a Lainey para que se quedara en el hospital y llevara a su madre a casa mientras yo iba con Trig y Colt al rancho Two Rivers. Había escuchado un montón de malos comentarios sobre Conrad Trout y cómo había estado fastidiando a la familia Wilder últimamente.

Me disgustaba la idea de que el señor Wilder resultó herido o que drogaron al caballo, más aún que mi chica pudiera haber salido lastimada anoche. Trig quería vengarse de Trout por haberse metido con Ellie. Colt por todo lo demás. Con suerte, me quedaría algo para mí solo.

El asunto era que parecía que la única conexión de Trout con lo que había pasado anoche era que ese perdedor de Rod que trabajaba en su propiedad. Según había mencionado Colt, Trout podría estar buceando en Aruba y solo podría ser responsable de haber contratado a un imbécil en su rancho.

Atravesamos el pueblo en la camioneta de Trig siguiendo al patrullero de Colt a cierta distancia de la polvareda que levantaba por los caminos de tierra. Después de pasar una impresionante entrada de madera y metal en forma de arco, ingresamos al rancho Two Rivers, pero Colt no se detuvo en la casa principal, que era enorme y ridículamente ostentosa para Montana.

—Madre mía, ¿columnas blancas? Parece una antigua plantación del sur del país —murmuré mientras la rodeábamos.

—Sí, pero hay que admitir que el terreno es precioso —replicó Trig.

La finca era impactante. Un río dividía en dos la propiedad y proporcionaba pasturas exuberantes, con agua constante para el ganado y los caballos. El establo, delante del cual aparcamos, tenía una gran pista cubierta para montar a caballo. Ambos, establo y pista, estaban pintados de blanco brillante con ribetes verdes, impecablemente cuidados.

—¿Y este Trout para qué diablos quería el rancho del padre de Ellie y el de Katie si tiene todo esto? —dije, mirando por la ventanilla del acompañante—. Hay unos veinticinco kilómetros entre este sitio y la casa de los Mann, y un poco más a la de Katie. Ni siquiera los ranchos se conectan.

—Los malcriados siempre quieren el juguete del otro, aunque el que tengan en la mano sea mejor.

—¿Estamos llevando un registro de a quién arrestaremos? —pregunté.

—Quiero a Trout, pero no ha hecho nada ilegal —dijo Trig, apretando los dedos alrededor del volante—. Al menos en esta última trastada.

—Bray también quiere vengarse de él —le recordé—. Después de lo que le hizo a Katie.

—Bray tiene a Hayes ocupándose legalmente de eso —refunfuñó.

Hayes se encontraría con él en los tribunales y podría demandarlo.

—A ver, este vándalo de Rod no va a llegar a la comisaría sin unos cuantos golpes y moratones —juré.

Trig resopló y sonrió.

—Más que unos cuantos.

Aparcamos al lado de Colt, cerca del establo, y nos reunimos con él delante del patrullero.

—De camino aquí conseguí los datos de Rod Severs. Tiene veintidós años, cabello rubio claro, ojos azules, mide metro ochenta. Su domicilio legal está en Anaconda, pero estudia en la universidad de Missoula. El invierno pasado lo detuvieron junto con Chase Trout en Missoula por embriaguez al conducir y alteración del orden público, pero no les impusieron ninguna condena.

Un hombre, que había pasado por varias décadas los veintidós años, salió del establo a encontrarnos. Tenía sus vaqueros y camisa con el nombre del rancho bordado en el pecho cubiertos de polvo y la cara sudada, a pesar de que el sombrero que llevaba en la cabeza le protegía del sol. Este sí que trabajaba, aparentemente.

—Buscamos a Rod Severs.

El hombre frunció el ceño.

—No vino al establo esta mañana. Probablemente esté con Chase. Yo buscaría en la piscina detrás de la casa grande o en la parte menos profunda del río, por allá. —Se giró y señaló hacia el sur—. En cualquiera de esos dos sitios estarán borrachos, seguramente.

—¿Cómo se llama usted, señor? —preguntó Colt.

—Kyle Valdez. Soy el capataz.

—¿Está por aquí Conrad Trout?

—No. Sigue fuera del país.

Colt se tocó el sombrero en un gesto de saludo.

—Muchas gracias.

El hombre volvió a su trabajo y nosotros regresamos a nuestros vehículos.

—¿Piscina o río? —preguntó Colt apoyado en el capó del patrullero.

Trig me miró. Respondimos «piscina» al mismo tiempo.

Cinco minutos más tarde, cuando aparcamos junto al garaje para cinco coches y rodeamos la gran casa para llegar a la piscina, nos dimos cuenta de que el señor Valdez había estado en lo cierto.

Tres chicos que encajaban con la descripción de veintitantos años holgazaneaban allí, aunque ninguno de ellos tenía los rasgos escandinavos que Colt había descrito para Rod Severs. Todos tenían cabello oscuro. Uno estaba parado en la parte más llana con una lata de cerveza en mano, los otros dos estaban echados en tumbonas cerca de allí.

De pronto, nos quedamos pasmados.

Allí estaba Lainey.

Mi chica.

¿Qué diablos? ¿Cómo había llegado antes que nosotros?

Estaba de pie delante de ellos, confrontándolos. Desde el otro lado de la piscina se le escuchaba la voz.

Evidentemente no conocía a mi chica tan bien como debía. Me había puesto demasiado fácil el hecho de convencerla en el hospital. Se había mostrado tan complaciente con mi idea de que no se acercara a estos chicos peligrosos porque esperaba el momento oportuno para aparecerse por aquí sola.

Me enfadé muchísimo. Aunque vestía vaqueros y una camiseta rosa claro, la tela no ocultaba su curvilínea figura. Nada ocultaba lo guapísima que era. Era como un sabroso cordero que había entrado a una reunión de piscina llena de lobos hambrientos y borrachos.

A mi lado, Trig murmuró:

—Yo no puedo darle unos azotes, pero tú sí, Beau.

—Más le vale que no pueda sentarse durante una semana cuando hayas terminado —añadió Colt.

Mi chica lucía feroz con las manos en las caderas, el rostro enrojecido y los ojos que lanzaban miradas asesinas a los tres. Por cada dos palabras decía una palabrota y habría hecho quedar como un tonto a un marinero.

—Yo me encargaré de ella —dije apretando los dientes.

Eso significaba *siempre*. Cuando fuera dulce, sexy, encantadora, invencible, pero también imprudente. Implicaba castigarla por ser tan testaruda e ingenua enfrentándose sola a semejantes imbéciles.

En lugar de ocuparme de estos tipos y encontrar a Rod Severs, me centré en Lainey. Cuando oyó nuestras botas sobre las baldosas, se dio la vuelta.

—Ya era hora de que llegaran. Hemos tenido una conversación y…

Los ojos se le abrían más y más cuanto me acercaba. No reduje la velocidad. No dije ni una palabra, solo me incliné por la cintura, me eché a Lainey al hombro y me la llevé.

14



LAINEY

EL VIAJE de regreso a casa en mi camioneta fue en silencio total. Beau me había quitado las llaves del vehículo del bolsillo y me había sentado en el asiento del acompañante, antes de cerrar la puerta de un portazo y dar la vuelta por el capó para conducir.

Intenté explicarle lo que había pasado, pero no quiso escucharme.

—Beau, tenía que…

Levantó la mano del volante y la colocó entre nosotros en señal de alto. Dos minutos más tarde, lo volví a intentar.

—Tenía que…

Esta vez alargó la mano y me tapó la boca con ella. Cuando le lamí la palma, suspiró y la bajó. Dos minutos después, retomé el intento.

—¿Cómo habéis podido tú y mis hermanos excluirme…?

Esta vez, redujo la velocidad de la camioneta sin llegar a pisar el freno y se detuvo a un lado de la carretera. Fue el chasquido del cinturón de seguridad lo que interrumpió mis palabras. Se giró en su asiento para mirarme, con el antebrazo al volante.

—Cuanto más hables, más largo será el castigo.

—¡Castigo! —balbuceé horrorizada, no por meterme en problemas al buscar enfrentarme sola a Rod Severs, sino porque se me sensibilizaron los pezones con el tono grave de su voz y la intención que había detrás—. ¡Si él ni siquiera estaba allí!

Enarcó una ceja y me mordí el labio.

—Confía en mí, cariño, esto me va a gustar mucho más que a ti —dijo.

No me gustó cómo sonaba, así que me quedé con la boca cerrada.

Cuando aparcó delante de mi casa, estaba un poco nerviosa y no me moví. Beau me abrió la puerta y lo miré a los ojos. No le mostraría ningún miedo, pues no le temía, sino que me inquietaba el misterio del *castigo*, así que levanté la barbilla.

Eso le hizo sonreír.

—Ve a tu habitación. Quítate toda la ropa. Quiero que te tumbes en la cama con las piernas abiertas para que pueda ver el coño que me pertenece apenas entre.

Vale, era excitante. Vaya cavernícola.

—¿Por qué todos los hombres creen que pueden darme órdenes? —pregunté, poniéndome las manos en las caderas al bajarme.

Se acercó y tuve que levantar la barbilla para encontrar su mirada. Debajo de su sombrero Stetson, tenía su rostro en la sombra pero no pude pasar por alto la intensidad ardiente de su mirada, ni la barba descuidada en su mandíbula.

Agarrándome con firmeza por la cintura, me giró para que quedara de cara al interior de mi camioneta. Me bajó los vaqueros y las bragas de un tirón, dejándolos justo por debajo de mi culo. Me resistí e intenté girarme, pero una mano en mi espalda me empujó hacia abajo sobre el asiento. Su mano aterrizó en mi trasero

respingón dando un sonoro azote. Se inclinó sobre mí y su voz fue más un rugido que otra cosa cuando dijo:

—El único hombre que tiene voz y voto en tu vida ahora soy yo.

Otra nalgada. Oí el sonido fuerte de su piel golpeando mi piel, sentí el escozor que le siguió rápidamente.

—¡Beau!

Me tocó el coño por detrás y gruñó.

—Empapada, tal como pensaba.

Mis mejillas se sonrojaron, y no por la excitación, aunque estaba tan cachonda que habría tenido un orgasmo con nada más que un simple roce de su dedo en mi clítoris. Su aroma limpio y oscuro me inundaba la cabeza. Su calor se filtraba en mi espalda.

—En mi habitación de hotel, ¿qué te dije que pasaría si te portabas mal?

Me quedé quieta al recordarlo. Me mordí el labio.

—Ya sabes de qué hablo.

Me volvió a dar otro azote y esta vez se me escapó un gemido.

—Dilo, cariño. Te has portado muy mal, sin pensar ni una sola vez en tu seguridad. ¿Qué va a pasar?

Su dedo rozó el lateral de mi clítoris y luego recorrió el centro de mi núcleo, empapándose de mi excitación, y luego más atrás.

—Que ibas a follarme por el trasero.

Dio un golpecito suave por esa zona virgen que se apretaba con tanta fuerza; luego se alejó. Mis nervios se encendieron con ese ligero roce de su dedo.

—Entra, desnúdate y ponte en la cama exhibiendo el coño. Ya mismo.

Dio un paso atrás, dejándome espacio. Me levanté y me giré, intentando arreglarme los vaqueros. Él negó con la cabeza y me guiñó el ojo. Joder, ¡un guiño!

—No. Quiero ver las huellas de mis manos en tu culo cuando entras.

Madre mía. No podía estar más excitada.

¿Qué me pasaba?

15



BEAU

NO SE ME pasaría por la cabeza llevar las cosas más lejos con Lainey si no fuera porque ella lo necesitaba. ¿*Necesitaba* que le follara el trasero? Yo habría dicho que no, pero la húmeda excitación en su entrepierna decía lo contrario. Iba a pasar. ¿Por qué?

Porque definitivamente quería poseer cada centímetro de Lainey por dentro y por fuera.

Porque quería que supiera que no habría nada que ocultar entre nosotros.

Porque necesitaba que supiera que todo por ella, siempre y cuando usara su condenada cabeza y se cuidara.

No me detendría ante nada para proteger a mi chica. No quería que se perdiera la oportunidad de enfrentarse a Rod Severs, pero él era peligroso e impredecible. Ni de casualidad la dejaría meterse en una situación que no considerara segura. Pronto sabría a qué me refería.

Lentamente la seguí hasta su casa, pero le di unos minutos para que cumpliera con lo que le había ordenado. Colgué el sombrero en el perchero junto a la puerta, bebí un poco de agua del grifo de la cocina, cerré la puerta principal con llave y me quité las botas.

Seguidamente atravesé el pasillo hasta su habitación. Si tardaba más, no solo la polla me rompería los vaqueros, sino que Lainey se me podría escapar por la ventana.

Me detuve en la puerta al verla.

La encontré desnuda con el cabello rubio sobre la almohada, los pezones turgentes, las rodillas dobladas y las piernas abiertas, exhibiendo un precioso coño rosado que me hacía la boca agua. Me la follaría por el trasero, pero aún no. Tendría que rogarme. Dentro de muy poco lo haría.

Estiré la mano hacia mi cuello, agarré mi camiseta y me la quité. Luego me desabroché el cinturón, el botón de mis vaqueros, bajé la cremallera e hice espacio para mi erección. El líquido preseminal me había manchado los calzoncillos. Mientras tanto, Lainey me observaba mordiéndose el carnoso labio inferior.

Me acerqué a la cama, la agarré por un tobillo y la tiré hacia el borde. Me arrodillé sobre la alfombra, me eché sus muslos sobre mis hombros y me deleité con ella. Lamí su pegajosa miel que era toda para mí, trazando círculos en el clítoris, chupando, mientras la hacía retorcerse de expectación. Ella enredó sus dedos en mi pelo tirando con fuerza y el dolor me estimuló para llevarla al borde del orgasmo. Estaba tan cerca que sentí cómo le temblaban los muslos. De repente me aparté.

Ella levantó la cabeza y miró hacia abajo, por su cuerpo, hasta que sus ojos azules se encontraron con los míos.

—¿Por qué has parado?

—Eres mi chica, Lainey Wilder —dije, lamiéndome los labios—. Eso significa que te mantengo a salvo. Hoy, estar a salvo significaba que debías irte a casa con tu madre.

Ella negó con la cabeza.

—No. Me habéis excluido.

—¿Cómo llegaste tan rápido al rancho?

Apartó la mirada.

—En realidad iba detrás de vosotros, pero fuisteis primero al establo. Yo solo seguí adonde se oía la música.

—Peor aún. Joder. Rod Severs es un loco de mierda. Hizo que Gil te secuestrara, y Gil, aunque no es muy inteligente, sabe reconocer a una chica guapa cuando la ve.

—Colt…

—Luego Severs drogó a tu caballo —continué, sin hacerle caso. Era hora de que escuchara y entendiera, no de que hablara—. Podrías haber muerto como hubieses montado a Junior. El tipo dejó inconsciente a tu padre.

Repetir la lista de pecados de ese cabrón no me ayudaba a mantener la calma. Con mis manos sobre sus exuberantes muslos, y su coño justo ahí, necesitaba más. Deseaba que ella se sintiera tan desesperada como yo.

Volviendo al festín, la llevé al borde del orgasmo y la dejé necesitada una vez más. Me tranquilizaba tenerla aquí, en su cama, desnuda, tocándola toda, sabiendo que estaba a salvo, entera, recibiendo placer, al menos en parte, de mí.

—¡BEAU! —Mi nombre salió como un gruñido cuando se incorporó apoyándose en los codos. Sus ojos ardientes me lanzaron una mirada fulminante.

—¿Por qué fuiste para allá, amor? —le pregunté—. ¿Por qué fuiste a un rancho donde el dueño compró literalmente a tu cuñada?

—¡Porque tú me dijiste qué hacer! —gritó—. Eres igual que mis hermanos.

—¿Por querer que estés bien? Sí, soy igual que ellos. Pero recuerda quién tiene la cara entre tus muslos: yo —gruñí.

—Solo dame un orgasmo y ya —se quejó.

Negué con la cabeza.

—No hasta que entiendas lo que pasa aquí.

—Lo que pasa aquí es que eres malo.

¿Quería maldad? Le enseñaría lo que era la maldad. Volví a poner mi boca en su coño y esta vez metí los dedos, introduciendo dos en su coño, follándola bien profundo. Cuando volví a llevarla al límite, los saqué y los lamí hasta dejarlos limpios mientras ella me insultaba.

—¡Joder, te odio!

Me limpié la boca con el dorso de la mano mientras me levantaba.

—¿Sí? Pues yo te quiero.

Eso la dejó pasmada. Ni siquiera respiraba. Abrió mucho los ojos.

—¿Qué?

La miré a los ojos azules fija y detenidamente. Me aseguré de que supiera que decía la verdad.

—Ya me has oído. Te quiero. Eres la única mujer a la que le he dicho esas palabras. La única mujer que me revuelve las tripas cuando la veo enfrentándose cara a cara a uno de los Trout sola. ¿Tienes *idea* de cómo me sentí al verte allí con esos tres idiotas engreídos?

Toda su ira se desvaneció.

—Beau, no lo hice para hacerte daño, fue porque…

—Porque tus hermanos te quitaron la posibilidad de elegir, lo sé, pero fue para protegerte, incluso cuando tú pensabas que no lo necesitabas —dije, terminando la frase por ella. Eso solo confirmaba que yo sabía exactamente por lo que estaba pasando.

Ella asintió.

—Sí.

—Yo no soy como ellos —le recordé—. No te veo como a una hermana.

—Me has presionado para que me fuese a casa con mamá. No me lo pediste. Me lo ordenaste como a una cría.

—No había nada que preguntar. No ibas a ir allí. ¿Crees que Ellie debió ir con Trig?

Ella frunció el ceño.

—¿Qué? Ni hablar. Está embarazada.

—Sí, y tú también podrías estarlo.

Abrió la boca. Luego la cerró. Al instante la volvió a abrir, dándome una idea de lo que esa dulce boca podía hacer envuelta alrededor de mi polla una vez más.

Curvé el dedo en un gesto para que se acercara. Lainey se levantó y se puso de rodillas para mirarnos a los ojos, ella arrodillada

y yo al pie de la cama. Alcé la mano y le aparté el cabello hacia atrás mirándola con admiración, contemplando sus rasgos perfectos. Ella y la familia que quizá ya habíamos formado lo eran todo para mí.

Entonces metí la mano en el bolsillo de mis vaqueros. Saqué el anillo que llevaba conmigo y había comprado en una joyería del pueblo a la mañana siguiente después de la cena en casa de sus padres, la noche en que nos conocimos, cuando la vi por primera vez al otro lado de la mesa. En ese mismo instante supe que sería mía.

Le cogí la mano izquierda. Lainey suspiró. Finalmente la dejé sin palabras.

Permanecí inmóvil pero levanté la mirada desde sus largos dedos hacia sus ojos azules, colmados de asombro.

—¿Quieres casarte conmigo, Lainey?

—¿Eso es una pregunta? —susurró.

Resoplé y luego sonreí.

—No debería serlo. Sabes que eres mía. Te lo he dicho. Te lo he demostrado. Te lo he probado. Me has confiado tu cuerpo. Ahora confía en mí con tu corazón.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Cásate conmigo, Lainey Wilder. —Esta vez, le puse el anillo en el dedo.

—No voy a dejar este rancho para irme a Bozeman o donde sea que vivas.

—No pasa nada. Ese lugar es solo un apartamento con una cama, un televisor y un sillón reclinable. Quiero un hogar contigo.

—Y además montas toros en el circuito —me recordó ella—. Sé lo mucho que viajas por Trig.

—Ven conmigo. Compite a mi lado.

Sus ojos se iluminaron ante la posibilidad.

—Pero ¿y si…?

—En la vida hay muchos *peros* —la interrumpí. Lainey pensaba en todas las razones por las que no deberíamos estar juntos, en lugar de todas las formas posibles en que podríamos estarlo—. Los resolveremos juntos. Si crees que no puedo cuidar de ti, te equivocas. Trig puede que haya sido campeón de rodeo, pero yo

también he ganado mucho dinero. Ampliaremos esta casa para todos los hijos que tendremos.

Se humedeció los labios tratando de asimilar el hecho de que yo tenía respuestas para todas sus preocupaciones.

—Yo cuido lo que es mío, cariño —repetí.

Nunca le faltaría nada conmigo. Nada. Ni comida, ni ropa, ni techo, ni amor, ni devoción, ni hijos. Le daría el mundo, pero nuestro hogar estaría aquí, en el rancho Wilder.

—No voy a ser dócil ni sumisa —advirtió.

Eché la cabeza atrás al reírme. Parecía que esa cuestión le preocupaba más que el dinero, el trabajo o el lugar donde viviríamos.

—No querría que lo fueras, amor. Pero tienes que *pensar* con la cabeza. —Le di un golpecito en la suave piel entre los pechos y luego en el mismo lugar de mi pecho—. No te voy a reprimir y tú no me vas a dar un susto de muerte.

Ella sonrió y asintió.

—Trato hecho.

—¿Entonces es un sí? —pregunté, ladeando la cabeza.

—Es un sí. Y un «yo también te quiero, vaquero».

16



LAINEY

—GRACIAS A DIOS —gruñó Beau, luego me tomó el rostro entre las manos y me besó.

Nunca lo había visto tan vulnerable como a la espera de mi respuesta ante su propuesta de matrimonio.

¡Matrimonio!

Entrelazando su lengua con la mía, el beso se volvió cada vez más intenso, hasta que empecé a gemir y mis manos se aferraron a sus bíceps. Ya me había excitado muchísimo la forma en que me había torturado de placer y mi deseo no había disminuido.

—Sigo siendo tu chica mala —le susurré pegada a sus labios.

Sentí su sonrisa formarse.

—Siempre serás mi chica mala.

Me aparté ligeramente para poder mirar sus ojos oscuros.

—No me vas a follar por el trasero, ¿verdad?

Él arqueó una ceja.

—No debería.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué? —¿Había hecho algo mal? ¿Le había quitado las ganas?—. ¿He…?

—Porque te va a gustar demasiado. No es un castigo si lo pides a gritos. Debería dejarte al borde del abismo toda la noche.

Negué con la cabeza.

—No. Definitivamente no deberías hacerlo. Quiero hacerlo contigo, Beau —admití—. Eres el único que puede ponerme de rodillas.

Me acarició la mejilla y, con una mano entre mis pechos, me empujó hacia atrás. Caí sobre la cama y él se echó sobre mí, con la mano junto a mi cabeza. Levanté la vista hacia su hermoso y cincelado rostro.

—Así es, amor. Te sometes a mí porque sabes que siempre te cuidaré.

Llevé la mano a su mejilla, sentí el roce de su barba en mi palma y supe cómo se sentía ese candado rozándome los muslos. Vi el anillo en mi dedo, un aro simple con diamantes incrustados a su alrededor, uno que podría llevar puesto todo el tiempo sin preocuparme porque algún extravagante ornamento se quedara enganchado cuando trabajaba en el rancho o competía. Era perfecto solo porque demostraba cuánto Beau me entendía. No me daría un símbolo de nuestro amor que me condicionara. Era una señal de que él siempre estaría conmigo, pero dándome espacio.

Acto seguido, se puso de pie, se bajó los vaqueros y los calzoncillos de un tirón, y su enorme polla —joder, todavía no podía creer que cupiera dentro de mí— quedó al descubierto.

—¿Sigues excitada por mí, cariño? —preguntó, dirigiéndose a mi mesita de noche—. Una chica mala como tú debe tener algunos juguetes aquí.

Mis mejillas se sonrojaron y debió de darse cuenta, porque sonrió y abrió el cajón superior. Me mordí el labio cuando sacó un brillante juguete morado y lo alzó.

—Ya no necesitarás más esto. —Lo volvió a meter en el cajón. Luego cogió el envase de lubricante que guardaba allí y lo levantó.

Me cubrí la cara con la mano, avergonzada—. ¿Para qué lo tienes, amor?

Escuché cómo el envase de plástico cayó sobre la cama a mi lado. Luego apartó mi mano y su cara volvió a situarse encima de mí.

—Sé que no es para tu coño porque lo tienes empapado.

—Me gusta… —Callé y tragué saliva.

—¿Eh? —insistió él—. ¿Te metes ese juguete por atrás, cariño?

Cerré los ojos con fuerza.

—Vino en una bolsa de regalos de una despedida de soltera. Quería probarlo y…

No pude decir nada más. No podía creer que estuviera admitiendo en voz alta esa perversión. Solo lo había hecho una vez, pero era algo con lo que fantaseaba. ¿Cómo lo supo?

—Te daré lo que necesitas, cariño. Ahora ese es mi trabajo.

Me quedé inmóvil. No se rio ni me hizo sentir vergüenza. No tenía que ocultarle nada. Me relamí los labios, asintiendo.

Entonces gruñó y se abalanzó sobre mí.

17



BEAU

LAINEY WILDER ERA PERFECTA. Seguramente haría de mi vida un infierno, pero no podía imaginarla de otra manera porque esperaba que fuera tan salvaje en la cama como lo era fuera de ella, aunque no dejaba de sorprenderme. Mucha gente tenía interés, o al menos sentía curiosidad, por el sexo anal, y no me sorprendía en absoluto que fuera su caso.

Si le gustaba, ¿qué otros fetiches querría probar? Mi erección moría de ganas por descubrirlos y en adelante la ayudaría al respecto. El juguete estaba bien, pero yo haría que fuera mucho mejor.

Su breve asentimiento fue todo lo que necesité para darla vuelta y ponerla boca abajo. Vi que todavía tenía las nalgas un poco sonrosadas tras los azotes que le había dado previamente en su camioneta. La besé a lo largo de toda la columna vertebral,

deleitándome con su tamaño. Qué preciosa era. Tan frágil, y sin embargo quería que le follara el trasero. Quizás no fuera tan frágil.

Cuando llegué a su oreja, le susurré:

—Tengo que prepararte, amor.

Ella giró la cabeza y me miró, asintiendo.

Cogí una almohada que luego le puse debajo de las caderas para que su culo perfecto quedara elevado. Con las rodillas le separé los muslos y me coloqué entre ellos. Entonces empecé a estimularla, pero estaba tan mojada que mis dedos fácilmente se deslizaron en su coño, y luego lentamente la follé con ellos. Con la otra mano, cogí el lubricante, le quité la tapa y rocié un poco del líquido transparente entre esas nalgas respingonas.

Ella se sobresaltó pero inmediatamente se tranquilizó. Puse el pulgar en su entrada trasera, lo cual no era nuevo ya que se lo había hecho antes cuando la follé por primera vez en mi habitación de hotel. Extendiendo el lubricante, dejé que se acostumbrara a mi presencia primero, luego empecé a añadir presión, y finalmente mi pulgar entró.

Sus dedos se aferraron a las sábanas mientras gemía. Detuve ambas manos, permitiendo que se adaptara y, cuando sentí que se relajaba, empecé a follar con los dedos ambas entradas.

—Eso es. Empuja hacia atrás.

En cuanto empezó a apretarme, supe que estaba a punto de tener un orgasmo. No iba a permitirlo hasta que yo estuviera profundamente dentro de ella. Saqué las manos y eché lubricante en una palma para untarme bien la polla.

—¿Lista, amor? ¿Lista para que reclame hasta tu último agujero? ¿Para que seas toda mía?

—Sí, por favor, sí.

Oírla hablar así me haría eyacular sin siquiera acercar mi polla a ese estrecho canal.

Junté sus piernas. Así estaría más apretado si le follara el coño, pero era la primera vez por atrás y la relajaría más para entrar en ella más fácilmente. Inclinándome y colocando una mano junto a su cabeza, agarré la base de mi polla resbaladiza y la alineé con su entrada trasera, ya lista.

—Relájate. Muy bien. —Hice presión en su entrada. Mi polla era más grande que mi pulgar, así que tuve que hablarle para que volviera a abrirse—. Vas a estar tan guapa con el culo bien estirado por mi polla.

—Beau —susurró.

—Empuja hacia atrás. Eso es. Más. Sí. —De repente, se relajó lo justo y la corona pasó. ¡Joder! Era tan estrecha.

—¡Beau. Cielos! —jadeó. Tenía los músculos tensos y jadeaba —.Es tan grande, joder.

No me moví, dejándola adaptarse. Era casi imposible no correrme solo con eso.

—¿Estás bien? —le pregunté después de unos segundos.

Ella asintió, temblorosa.

—Sí.

Empujé un milímetro, luego retrocedí. Ella gimió. Sí, a mi chica le gustaba. Aun así, no iba a penetrarla con fuerza. Le daría todo lo que pudiera soportar. Si eran solo los primeros dos o tres centímetros, pues bastaba.

—¿Más? —le pregunté mientras seguía follándola nada más que con la corona.

—Más.

Cogí el lubricante, eché unas gotas donde estábamos unidos y entré un poco más. Lenta y cuidadosamente, cada vez más.

—¡Beau, Beau! ¡Ahhh!

Me detuve y luego me retiré lentamente, hasta quedar atrapado dentro de su estrecha entrada. Estaba tan resbaladiza que volví a empujar con facilidad, llegando más profundamente esta vez.

Y más.

Pero ella levantó ligeramente las caderas empujando hacia atrás y…

—¡JODER! —gruñí. Se había follado a sí misma hasta el fondo. Iba a correrme. Joder, no iba a aguantar viéndole el culo tan abierto con mi polla completamente enterrada.

—Beau, por favor, necesito que te muevas.

Ella también lo necesitaba, primero y pronto. Estirando la mano libre entre ella y la almohada, encontré su clítoris. Se le había puesto

tan duro que lo deslicé entre dos de mis dedos y lo acaricié mientras comenzaba a follar a mi mujer hasta el fondo, luego más. Cada vez un poco más deprisa, hasta que empezó a gemir de deseo y gritar mi nombre. Supe que pronto llegaría al clímax porque me apretaba la base de la polla casi estrangulándola.

Entonces ella se liberó gritando mi nombre, estremeciéndose, retorciéndose de placer mientras se follaba sola conmigo y yo seguía enterrado en lo profundo. Me resultaba imposible poder aguantar más tiempo; y en ese instante, mis testículos se contrajeron y derramaron mi simiente en lo más hondo de ella. Gruñí. Siseé. Grité. No tenía ni idea de lo que hacía mientras descargaba todo lo que tenía dentro de mi mujer, porque casi me quedé ciego. Mi cerebro entró en cortocircuito.

Solo cuando ella, saciada, se desplomó en la almohada, me dejé caer sobre los antebrazos y me recosté entre ella y la cama. La sentí cálida, suave debajo de mí. La cubrí y la protegí en esta posición mientras empezaba a ablandarme lentamente.

O lo necesario para salirme lo más fácil posible, eventualmente, algún día.

Quizás nunca.

18



LAINEY

TRES SEMANAS MÁS TARDE, papá había regresado a casa y enloquecía a mi madre. Se suponía que debía descansar, pero era muy terco. Mis padres discutían en la cocina porque él quería ir a ayudar a Buck en ell establo.

—Ya sé de dónde viene tu rebeldía —me susurró Beau al oído, mientras estábamos sentados a la mesa de la cocina con nuestras tazas de café.

Los dos iríamos a trabajar con Buck, ganara quien ganara la discusión de mis padres. Buck había comenzado con las labores matutinas, pero nosotros nos habíamos quedado dormidos —y habíamos vuelto a tener sexo— antes de venir.

Mamá ganaría la discusión. Papá lo sabía. Igualmente estaba claro que él tenía que intentar plantarse.

Sí, yo era igual que papá.

Desde que Beau me puso el anillo de compromiso en el anular y papá salió del hospital, habíamos ido a Bozeman para vaciar el apartamento. No bromeaba cuando dijo que no tenía muchas cosas allí. Un solo viaje en su camioneta bastó para que se mudara a vivir conmigo y desde entonces había sido increíble…

No hablaba solamente del sexo, que era una locura. Si el sexo por el trasero era traspasar los límites, entonces seguimos traspasándolos después. Me sonrojaba solo de pensar en lo que habíamos hecho anoche.

De golpe, la puerta principal se cerró y Colt gritó:

—¡Ey! ¡Puedo oír vuestra pelea desde mi coche!

Mamá y papá se quedaron en silencio. Yo no pude evitar sonreír. Colt entró en la cocina y nos vio en la mesa.

—Pensé que estaríais aquí.

—¿Qué pasó?

—Sigue sin haber rastro de Rod Severs.

Resultó que no había estado en la piscina de Trout con los otros tres antes. Uno era Chase Trout, los otros dos eran amigos suyos. Ninguno era Rod. Desde entonces, Colt había estado siguiendo pistas sobre su paradero y Taylor no lo había vuelto a ver.

—Lo buscamos desde el rodeo, pero ha desaparecido. Dudo que esté en Foso del Diablo. No hay muchos sitios donde esconderse aquí. La policía de Missoula y Anaconda sabe que deben estar atentos.

—¿Entonces se va a salir con la suya? ¿Después de atacar a papá, drogar a Junior y robarle el dinero a Taylor?

Colt no parecía nada contento, igual que yo.

—Por ahora —dijo papá—. Tengo la sensación de que volverá uno de estos días. Cuando lo haga, Colt lo atrapará.

Colt asintió. Miré a Beau.

—Colt lo atrapará —repitió—. Mientras tanto, yo me casaré contigo, cariño.

Me quedé boquiabierta cuando me guiñó un ojo. Luego sonreí, me incliné y lo besé.

—Claro que sí —le susurré—. Y pronto, porque creo que voy a tener un hijo tuyo.

Y así fue como yo dejé a Beau sin palabras por primera vez.

CONTENIDO EXTRA



¿Adivina qué? Tengo contenido extra para ti. Así que regístrate en mi lista de correo electrónico. Habrá contenido extra especial, solo para mis suscriptores. Registrarte te permitirá saber sobre mi próxima publicación tan pronto como esté disponible (y recibes un libro gratis… ¡uau!)

Como siempre… ¡gracias por amar mis libros y las montadas salvajes!

http://vanessavaleauthor.com/lista/

¡RECIBE UN LIBRO GRATIS!

Únete a mi lista de correo electrónico para ser el primero en saber de las nuevas publicaciones, libros gratis, precios especiales y otros premios de la autora.

http://vanessavaleauthor.com/v/ed



TODOS LOS LIBROS DE VANESSA VALE EN ESPAÑOL

https://vanessavaleauthor.com/book-categories/espanol/

ACERCA DE LA AUTORA

La exitosa *bestseller* Vanessa Vale escribe romance seductor de chicos malos implacables que se enamoran con todo su corazón. Ha vendido más de un millón de ejemplares. Vive en el oeste de los Estados Unidos y allí siempre se inspira para escribir su próxima novela. No será tan buena con las redes sociales como sus hijos, pero le encanta interactuar con los lectores.

---

https://vanessavaleauthor.com

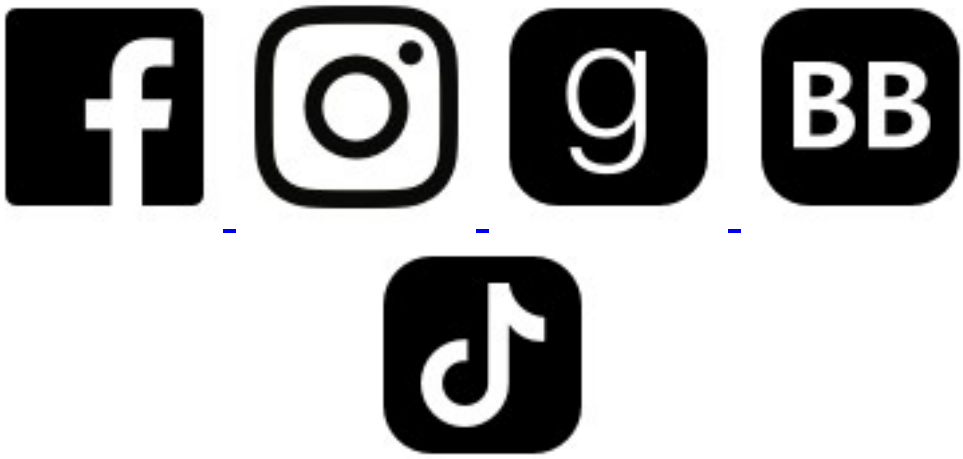


Table of Contents

Cubierta
Portadilla
Créditos
¡Recibe un libro gratis!
Índice
Elogios a Vanessa Vale
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Contenido extra
¡Recibe un libro gratis!
Todos los libros de Vanessa Vale en español
Acerca de la autora